NO SABRÁS QUÉ ES REAL



ESPECTRO

ARIEL ZORION

ESPECTRO

NO SABRÁS QUÉ ES REAL

ARIEL ZORION

Ariel Zorion

Ariel zorion

Copyright

Imagen de portada: *diseño de Canva con imagen de Pixabay.*

© *Ariel Zorion*
Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación de la escritora o han sido usados de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, así como a sucesos reales, locales u organizaciones son pura coincidencia o se han usado exclusivamente de forma figurada para construir la trama, sin guardar relación alguna con la realidad.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida en forma alguna sin permiso expreso de la autora.
Instragram: @ariel_zorion
Web: https://www.arielzorion.com
Mail: arielzorion@arielzorion.com

Para los amantes del terror,
para los que disfrutan
con las emociones fuertes.



Y por supuesto para Jorge,
por sus increíbles ideas.

“Pasar de los fantasmas de la fe a los espectros de la razón no es más que ser cambiado de celda”.
Frase del “Libro del desasosiego”, Fernando Pessoa



Nota de la autora

Queridos lectores y lectoras,

Esta novela que tienes entre tus manos, transcurre en un lugar totalmente inventado. No busques sus parajes en los mapas, porque descubrirás que no puedes encontrarlos. Suelo ubicar mis historias en sitios concretos que, en la mayoría de los casos, he visitado. Black Water Town es un pueblo que nace de la inspiración de muchos otros pero de ninguno en particular.

Por otra parte, este libro tiene guiños a distintos maestros del terror y diferentes novelas que, si eres asiduo a esta temática o te gusta en cierta medida, seguro que podrás identificar, puesto que no son nada complejos. Stephen King en concreto es uno de los que más referencias tiene dentro de esta historia.

Mi propósito es que esta libro vea la luz el 31 de octubre de 2024. Quizá es solo un capricho, pero sin lugar a dudas resulta simbólico, ¿no te lo parece?

Espero que disfrutes de la lectura.

Ariel Zorion

SINOPSIS



La tranquila localidad de Black Water comprueba como, año tras año, se multiplica el número de visitantes en la época más terrorífica del año. Atraídos por las numerosas leyendas que circulan por la zona, son muchos los turistas que se acercan para experimentar una noche de Halloween memorable.

Sin lugar a dudas, sus expectativas se verán superadas hasta el punto de desear no haber ido nunca.

Una novela de terror que cuenta con todos los ingredientes para los amantes del género.

Misterio.

Suspense.

Sucesos inexplicables.

Y una alta dosis de intriga.

No te pierdas los guiños a algunos de los maestros del terror.

Prólogo



Mary abrió la ventana. Una bocanada de viento gélido le congeló hasta el alma. No era solo una sensación puramente física, a pesar de que el aire helado se le clavase en los pulmones como miles de agujas hipodérmicas, dolorosas y crueles. Era también debido a que la imagen que contemplaron sus ojos quedó grabada en sus retinas hasta el fin de sus días.

Era la noche de los muertos, pero no una cualquiera. Las temperaturas aquel año estaban batiendo todos los registros conocidos hasta la fecha y la niebla se había instalado de forma casi permanente. En cualquier caso, nada de eso justificaba lo que estaba contemplando.

Se llevó la mano a la boca, como si con ese gesto pudiese contener el miedo que trepaba desde sus pantorrillas, convirtiendo su piel en un hormigueo continuo y extraño. Casi podía sentir como cientos de insectos trepaban por su cuerpo y sus diminutas patas creaban esa sensación tan desagradable provocada por el terror que experimentaba en ese preciso instante.

Unos segundos antes, le había parecido ver algo a través de una de las ventanas fuera de lo común cuando caminaba por el pasillo en dirección a la cocina, pero no estaba segura. Creyó que tanto escuchar leyendas, leer libros de ese género en concreto y asistir a ver tantas películas de la misma temática durante ese mes de octubre, la había sugestionado de forma preocupante, hasta el punto de sufrir una alucinación. Debía ser eso, no podía ser otra cosa.

La alternativa resultaba fuera de toda lógica.

Se encontraba sola en casa. El anochecer se aproximaba a pasos agigantados y no tenía ni la menor idea de cuándo regresaría Luke. A pesar del miedo que sentía en cada víscera que componía su ser, dominada por la curiosidad, se dirigió hacia la puerta de la entrada, desde donde podría apreciar con nitidez si su mente estaba jugando con ella caprichosamente.

Puso la mano sobre el pomo de la puerta de la entrada principal. Acto seguido, la retiró por un instante. Dudó. Quizá permanecer en la ignorancia era la mejor opción por esta vez. Volvió a posarla sobre la fría superficie metálica y notó con claridad como su mano temblaba. El miedo no estaba solo en su cabeza, sino que lo experimentaba en odo su ser y, sin lugar a dudas, la mente puede mentir, pero no el lenguaje del cuerpo. Si tus vísceras lo sienten, es que es algo muy real.

Significa que el terror tiene una justificación.

Por fin se armó de valor y abrió, primero con timidez y luego de par en par. Tenía la esperanza de que no se hallara ahí y, si había estado en algún instante, que ya hubiera desaparecido.

Pero no fue así.

La imagen grande y abominable se dibujaba sobre la montaña. Era inmensa, difícil calcular su

tamaño desde la distancia. En los últimos días parecía haber crecido cada vez un poco más. Pero eso no tenía sentido. Esas cosas no crecen, ¿verdad? Son como son. No existía una explicación lógica para ese agrandamiento visible de aquella imagen que se repetía en las últimas jornadas, desafiando lo conocido en la zona hasta el momento.

Era temible.

Era poderosa.

La rodeaba un halo de luz sobrenatural. Dos alas gigantes parecían nacer de alguna parte de su esbelto cuerpo. Vio como avanzaba hacia ella. O tal vez no era hacia donde estaba Mary, pero sin duda daba la sensación de acercarse más al pueblo.

No.

Eso era imposible.

No tenía ningún sentido.

Las leyendas hacían muchas referencias a la aparición del espectro en las montañas, pero en ningún caso este se movía de donde estaba.

Se sintió paralizada, mientras su cabeza gritaba que se moviera y, sin embargo, sus piernas se negaban a obedecerla.

Ya no albergaba duda alguna.

El espectro se acercaba.



Capítulo 1



El final del verano no estaba siendo amigable. Días de vientos fuertes y lluvia se alternaban sin darle tregua a los habitantes de aquella pequeña localidad en medio de ninguna parte. La población más cercana a Black Water Town se situaba a treinta kilómetros, al final de una sinuosa carretera de montaña. Puede no parecer demasiada distancia, pero desde luego no tenía nada que ver con circular plácidamente por una autopista. Dependiendo de la época del año, de las nieves y de las heladas, podía con facilidad ser necesaria una hora para llegar de un destino a otro, si no más.

Eso cuando se tenía la suerte de llegar.

No obstante, aquella localidad tenía un encanto muy singular. Recordaba a uno de los entrañables pueblos de la Sajonia alemana debido a sus peculiares construcciones y a los bellos parajes que la enmarcaban. La exuberante vegetación se convertía en un reclamo para el turismo que acudía huyendo del cada vez más asfixiante calor estival de otras zonas del país.

No obstante, ese no era el único atractivo que poseía ni mucho menos el más singular. Numerosas leyendas que se remontaban, en la mayor parte de los casos, a varios siglos atrás se ubicaban en la zona, lo que atraía a cada vez a más curiosos. Lo cierto era que se convertía en un auténtico hervidero de gente cada mes de octubre, durante el cual se habían empezado a popularizar distintos eventos y atracciones con las que no estaban demasiado conformes los lugareños.

Se generalizaron las visitas de todo tipo de personas, incluidos los que pensaban que el pueblo entero era un parque temático donde se comportaban como tal. Al parecer, olvidaban que residían allí personas de carne y hueso. Hasta tenían la desfachatez de agarrarles para hacerse una foto con ellos sin ni siquiera pedirles permiso en algunos casos. Daba la sensación de que los considerasen unos bichos raros.

Ese era uno de los aspectos que más enervaba a los oriundos de Black Water Town, la sensación de ser desposeídos de su pueblo a lo largo de esos terribles treinta y un días o incluso más. De la misma manera, esas faltas de respeto continuadas hacía que el mes de octubre se considerase un mes realmente negro para ellos. Al menos, a los visitantes del verano los toleraban pues, hasta la fecha, no le hacían daño a nadie. No significaba que estuvieran encantados con que el pueblo se llenara de gente en esa época, pero tampoco les molestaban y dejaban pingües beneficios a los negocios locales. Había que ser buenos vecinos y alegrarse por ello.

Sin lugar a dudas, los meses preferidos para los oriundos de la localidad eran los que transcurrían desde noviembre hasta finales de la primavera, doscientos veintidós días en los que recuperaban el dominio de su lugar de residencia. Volvía la calma y la serenidad, el ambiente relajado y las calles se vaciaba de gente.

Hasta el aire parecía más puro.

Era la época en la que realmente aquel lugar se veía idílico, un paraíso natural sin aglomeraciones en el que disfrutar de los árboles, del riachuelo que corría alegre por mitad del pueblo y de las bellas montañas que lo rodeaban. Los pájaros cantaban con alegría cuando todavía el frío no llegaba a sus niveles más altos y los animales corrían por los alrededores sin interferir en la vida de los humanos y viceversa.

Por fortuna para los habitantes de Black Water Town, no contaban con estación de esquí ni se prodigaban en la zona las actividades de montaña, a pesar del enclave en el que residían. Tenían suerte de que fuesen tan escarpadas y tan poco accesibles, lo que no invitaba a que se popularizasen por el momento.

Sin embargo, no estaban libres de que esto cambiara, no solo porque el alcalde, con su infinita ambición y sus ilimitadas ganas de llenarse los bolsillos, hubiera lanzado ya esa propuesta dirigida a los montañeros más avezados y aventureros, sino porque, hoy en día, nada está libre de convertirse en la ubicación de moda por el arte y la gracia de alguna red social y la aborregada costumbre del ser humano de imitar lo que hacen el resto de sus congéneres.

El final del mes de septiembre ya traía consigo la amenaza de las hordas que no tardarían en llegar en cuanto octubre asomara la patita. Cada año, además, parecía adelantarse un poquito más, como si hubiera prisa de poner algún entretenimiento antes de las navidades. Por ello, los habitantes comenzaban a sentirse cada vez más intranquilos. Se notaba que el ambiente estaba ya mucho más enrarecido. Algunos valoraban hasta la posibilidad de trasladarse a otro sitio hasta que pasara la fiebre de Halloween y llegara noviembre con sus temperaturas gélidas y las primeras nieves de la temporada.

Las conversaciones de disgusto y hastío en los pequeños comercios y en los lugares típicos de reuniones iban creciendo al mismo ritmo que avanzaban los días y se reducían las horas de sol. Se notaba que el ambiente se enrarecía por momentos junto con el nivel de crispación, pues no hay nada más contagioso que las emociones tóxicas.

—Es horroroso. Todos los años igual. Este pueblo ya no es lo que era. No es justo que tengamos que soportar esto —se quejó Selene, una vecina que rondaba los cuarenta años y que había regresado después de probar suerte en la gran ciudad y descubrir que no podía adaptarse a un entorno tan hostil. Durante los casi cuatro años que estuvo fuera, sintió que la urbe la ahogaba hasta dejarla sin respiración. En cuanto puso un pie en Black Water Town después de aquella experiencia, se dio perfecta cuenta de cuánto lo había echado de menos.

Ahora, una vez retornado a sus orígenes, se dedicaba casi a la economía de autoabastecimiento, puesto que apenas compraba nada más que semillas y alimentos imprescindibles para la supervivencia. Es decir, era un caso de evidente autarquía. Para sacarse un sueldo que le permitiese algún capricho, tejía jerséis y confeccionaban otras prendas de vestir que vendía a otros habitantes de aquella pequeña población, aunque también los comercializaba a los turistas en menor medida. Por otro lado, tenía un pequeño negocio en internet de piezas de artesanía que ella misma elaboraba y ponía en venta de forma online.

Selene tenía una habilidad extraordinaria para crear todo tipo de figuras, vasijas y lo que se le ocurriese. Sus manos parecían hacer magia con cualquier material que manejasen. No le daba excesivos beneficios, pero le llegaba para cubrir algo más que sus gastos básicos. Además, no era

una mujer ambiciosa y le bastaba con lo que tenía. Nunca había ansiado mucho más. Por ello, le disgustaba sobremanera la presencia de tanta gente en esta época del año, pues detestaba el bullicio.

—A mí lo que no me gusta es esta tontería de que hayan convertido a nuestro pueblo en una feria. Somos el hazmerreír de todo el condado. ¡Qué digo! ¡De todo el estado mejor dicho! Yo desde luego no he visto nada igual en toda mi vida y no hace falta que diga que son muchos años ya los que tengo —opinó Joseph, uno de los hombres más mayores que vivía allí. El malestar asomaba entre cada palabra que pronunciaba. Casi parecía que las mordiera cuando hablaba.

Se encontraban reunidos en la tienda que hacía las veces de supermercado y que su dueño se encargaba a la perfección de que estuviera muy bien surtida y no le faltase de nada, a pesar de los pocos habitantes que había habitualmente. Podría haberla llamado "Cosas Necesarias", como la famosa tienda que había en Castle Rock, en Maine, puesto que, como en aquella, se localizaban todo tipo de cosas que se precisaran. Incluso tenía el poder de que, cuando mirabas a su escaparate, sintieses que sin remedio necesitabas alguna de las cosas que allí se exponían. Algo, sin duda, inaudito.

Peter, el dueño del local, no compartía la misma opinión que sus vecinos, puesto que él veía incrementados sus ingresos de forma sustancial en las épocas de más visitantes. Era una buena oportunidad para su negocio y a nadie le amarga un dulce, ¿quién podría negarlo? De hecho, había sucumbido a la nueva moda y tenía en el almacén un buen número de objetos y alimentos relacionados con la festividad de los muertos. No tardaría mucho ya en sacarlos, pues la cuenta atrás ya había comenzado. A pesar de que sabía que la reacción de sus conocidos no sería favorable, le echaría valor y cambiaría el escaparate en cinco días a lo sumo. Tendría que prepararse para aguantar el chaparrón que, sin lugar a dudas, le iba a caer.

—A ver, a ver. Estáis sacando esto de quicio. No hacen daño a nadie y no es mucho tiempo. Un mes pasa rápido. Ya tenemos el resto del año para aburrirnos como ostras —argumentó, aunque sin convencer en absoluto a sus vecinos. Si algo no sabían hacer sus congéneres era disimular.

—Te has dejado vender por el color del dinero. ¡Qué decepción, Peter! Tú no eras así. Si tu padre levantase la cabeza, se avergonzaría, vaya si lo haría —dijo Joseph con el gesto contraído, intentando levantar la conciencia del tendero. Era uno de los más férreos defensores de que el pueblo mantuviese la tranquilidad todo el año y detestaba que casi no pudiera caminar por las calles cuando estas fechas llegaban.

—Mi padre me aconsejaría que aprovechase el tirón y vendiese todo lo posible, que el invierno por aquí es muy frío y largo. Lo sabes tan bien como yo, Joseph —le contradijo el dueño de la tienda sin perder la sonrisa ni por un segundo.

—El viejo Henry nunca habría dicho tal cosa —negó nuevamente rotundo el anciano.

Joseph Stacks y Henry Hans tuvieron sus más y sus menos cuando este último vivía. A pesar de sus épicas discusiones conocidas por todos y que muchos aún recordaban, lo cierto es que fueron buenos amigos y compartían muchas ideas.

Peter decidió no rebatirle al viejo. No iba a conseguir nada. Joseph Stacks era tozudo como él solo. Imposible hacerle cambiar de opinión. Intentarlo era como darse de cabeza contra un muro de hormigón bien armado. Además, conocía de sobra la animadversión que había en el pueblo hacia todo lo que se generaba en torno a Halloween. Discutir solo haría que se enfadasen más con él y no le apetecía tener que aguantar sus caras largas el resto del año. Conocía bien lo rencorosos que podían ser para según qué cosas.

Solo esperaba que fueran magnánimos con él cuando la semana siguiente comprobaran por sí

mismos que la tienda se había convertido casi en un pasaje del terror, puesto que tenía pensado decorarla para atraer la atención de los que se acercaran a visitar aquella villa de una manera que no podrían obviarla. No pretendía dejar escapar su oportunidad. No veía qué podía tener de malo tener cierta ambición en esta vida. Es importante crecer y no quedarse estancados.

Lo más inteligente era cambiar de tema.

Y sabía bien cómo hacerlo.

Hay cosas que nunca fallan.

—Venga, venga, que hoy tengo algunas cosas gratis que seguro que van a ayudar a que os cambie el humor —comentó con tono jovial.

Joseph gruñó en muestra de desacuerdo. Era evidente que intentaba comprar su silencio. Sin embargo, fue el primero que se apuntó a llevarse los deliciosos panecillos sin coste que les ofreció. No podía resistirse al olor de aquellos bollos deliciosos.

Cuando el anciano salió a la calle ayudado por su bastón de madera noble, miró hacia las montañas.

Había niebla.

Mucha.

Intensa.

Espesa.

Casi parecía sólida e impenetrable. Y a pesar de ello, el sol de finales de verano que aún se resistía a rendirse a la llegada del otoño brillaba desde detrás, mostrando su fuerza a quien quisiera observarla.

Joseph se detuvo un segundo.

Le pareció ver algo fuera de lugar.

Parpadeó fuerte un par de veces.

Funcionó.

Aquello tan extraño había desaparecido.



Capítulo 2



Los primeros días de octubre llegaron con temperaturas anormales para la época. Los rayos del sol calentaban más de lo esperado, lo cual resultaba un evidente contraste con el frío que había traído el final de septiembre. Las hojas ya habían comenzado a caer y las calles se llenaban de mullidas alfombras de todos los colores. Las copas de los árboles vestían trajes multicolor, gracias a los tonos cambiantes que se sucedían con la llegada del otoño. El espectáculo de la naturaleza despertaba los sentidos de los que dedicaban un segundo a contemplar su esplendor.

Las temperaturas templadas invitaban a que la gente se lanzara a la calle más de lo habitual en una localidad acostumbrada a recibir el otoño con el abrigo puesto. Parecía que el cambio climático también se había dejado caer por allí. Los vecinos se reunían y compartían tiempo juntos, alargando las jornadas y disfrutando del sol casi como si continuaran en la época estival.

Ese primer fin de semana del mes recién estrenado ya se esperaba con resquemor la llegada de un nutrido grupo de gente. Según apuntaban las reservas ya realizadas en ese instante, era el más flojo de todo octubre, pero aun siendo así, arrojaba unas nada despreciables cifras de ocupación inimaginables años atrás.

El hotel de las afueras, el cual prácticamente podría decirse que lo levantaron de un año para otro varias temporadas antes, rondaba el noventa por ciento de reservas. También habían comenzado a proliferar casas rurales que se alquilaban a buen precio y que colgaban el cartel de completas en cuanto se ofertaban las plazas disponibles.

Muchos de los dueños de estas habían emigrado hacía más de un lustro a otras zonas y ahora veían en su casa del pueblo un negocio boyante que no pretendían dejar pasar. Esto también generaba malestar en los que seguían allí, pues les veían como traidores que, una vez abandonado el frente, se aventajaban de lo que dejaban atrás sin pensar en sus vecinos de toda la vida.

El Hotel Altavista, situado en un enclave privilegiado, organizaba diferentes tours por la localidad, así como desfiles y otro tipo de actividades relacionadas con la temática de Halloween. También contaba con un anexo al edificio principal que convertían en un auténtico pasaje del terror para el que, por supuesto, cobraban entrada aparte. Incluso tenían algunas propuestas para los amantes del necroturismo, sacando ventaja de una de las viejas leyendas que decía que en el camposanto situado junto a la mansión abandonada descansaban los restos de un adinerado terrateniente del siglo XVI emigrado desde Inglaterra que, de un día para otro, se volvió loco y mató a su familia y a todos sus sirvientes.

La leyenda también contaba que, en algunas ocasiones, se aparecía en las inmediaciones de su residencia y había en torno a dichas apariciones muertes inexplicables. De hecho, no era la única que circulaba en torno a su figura, puesto que también había quien aseguraba que, en las inmediaciones del viejo caserón, se escuchaba algunas noches el aullido de un animal que recordaba al de un San Bernardo. Casualidad o no, se rumoreaba que el fiel y leal perro del señor

de esas tierras murió degollado por su amo, no sin antes ser mordido por este.

Aquel sábado por la mañana, Fred Robinson, uno de los más antiguos residentes del lugar observaba desde la ventana de su casa como la Forgotten Road, tal y como se conocía a la carretera que llevaba hasta el pueblo, se iba salpicando de vehículos en dirección a Black Water Town.

Su hogar, una humilde casa de piedra, se situaba en un promontorio alto y tenía unas vistas fascinantes desde allí. Se encargaba de disfrutar de ellas cada vez que podía. Estaba aislado de casi todas las demás viviendas, lo que le permitía llevar la vida de ermitaño que tanto amaba. Detestaba el contacto social y reducía al mínimo imprescindible cualquier tipo de relación con otras personas. Solo se mezclaba con los demás cuando irremediablemente tenía que acercarse a la tienda de Peter a por víveres y otras cosas que le hicieran falta.

Se le escapó un gruñido casi involuntario motivado por la repulsa que le producía las masivas visitas del mes de octubre. Era uno de los opositores más beligerantes, aunque solo lo ponía de manifiesto en contadas ocasiones, puesto que el escaso contacto social imposibilitaba que compartiera su opinión con los demás. No obstante, ya estaba pensando en ideas para lograr que a los intrusos se les quitasen las ganas de acercarse hasta allí.

Llegó incluso a considerar la posibilidad de volar un tramo de la carretera con la dinamita que tenía guardada de años inmemoriales, de los tiempos en los que se planteó intentar desbloquear la vieja mina próxima a Black Water Town. Obviamente, reventar la carretera no era una buena idea, puesto que quedarían aislados del resto del mundo y eso impediría que la tienda pudiese abastecerse de esos caramelos tan ricos de regaliz de los que no podía ni quería prescindir.

Todos tenemos nuestras debilidades.

Su rostro se contrajo y se formaron múltiples arrugas en su frente, así como en torno a sus ojos y su boca, ninguna de ellas fruto de largas risas, pues era un hombre de un humor más bien sombrío.

Mientras miraba con detenimiento como las luces se movían sinuosas por el asfalto, no le cupo duda de que iba siendo hora de tomar cartas en el asunto. Tenía que elegir el mejor momento para ello y ese todavía no había llegado.



Capítulo 3



Al mismo tiempo que Fred Robinson sentía la determinación de hacer algo al respecto en contra de la invasión de turistas, en el hotel Altavista el dueño se frotaba las manos con la estimación de beneficios que iban a llegar a lo largo del mes. En los últimos años había visto crecer de manera exponencial la afluencia de huéspedes desde que comenzaba la época del deshielo, es decir, cuando por fin la primavera entraba decidida para instalarse como antesala del templado verano típico de la zona.

Los campos se vestían de flores de muy diversas tonalidades y aquello era todo un espectáculo para los sentidos. Black Water Town, a pesar del nombre tan oscuro y sombrío que tenía, era un lugar de una riqueza paisajística que no tenía parangón y que resultaba cada vez más atractivo a propios y extraños.

De hecho, en la última primavera comenzó a promocionar con éxito actividades para los amantes de las flores, entre las que se incluían expediciones con expertos biólogos que daban charlas sobre las diferentes especies que crecían por la zona —algunas muy singulares, dicho sea de paso—, conciertos de música clásica en medio de ese incomparable paraje y catas de vinos con flores. Asimismo, también se habían celebrado algunas bodas gracias a la publicidad que habían hecho de los espectaculares reportajes de fotos que podían realizarse en dicha época. El negocio, sin lugar a dudas, no cesaba de crecer en todas las direcciones imaginables.

Todo ello motivó que ya no se limitara a los fines de semana de octubre el mayor pico de huéspedes, sino que cada vez había más gente que se animaba a acercarse a Black Water Town casi sin importar la época del año, excepto en aquella en la que las nieves imposibilitaban el acceso.

Por supuesto, las leyendas de todo tipo también ocupaban parte de la programación de actividades, sin importar la época del año. No obstante, ahora llegaba el momento cúspide. Gracias a la intensa actividad con *influencers* de distinto tipo y a la grabación de vídeos sugerentes dentro del hotel y en el entorno de la vieja mansión de Lord Carpenter, el terrateniente inglés enloquecido, ese mes de octubre prometía batir todos los récords de ganancias que había imaginado jamás.

Rupert Cook se relamía anticipando la montaña de dinero que iba a recabar en poco tiempo. En neto, después de gastos y de pagar al personal, calculaba que el montante sería tan grande que necesitaría varios años para gastarlo. Quién le habría dicho a aquel niño que creció en una familia modesta que se convertiría con el tiempo en una de las mayores fortunas de la zona.

Recordaba sin ápice de nostalgia cuando el Altavista abrió sus puertas no demasiado tiempo atrás, con apenas veinte habitaciones que nunca estaban al completo. Todos los del pueblo le auguraban un cierre casi inmediato, pero él se empeñó en sacarlo a flote, sin reconocer nunca delante de ellos que se arrepentía de haberse embarcado en semejante insensatez pues, por entonces, no solo no daba ganancias, sino que era un barco que se hundía rápido por las deudas crecientes.

Hasta que todo cambió.

Ahora, por el contrario, las distintas ampliaciones lo habían convertido en un monstruo de enormes dimensiones que recordaba al famoso *Overlook* de El Resplandor, no solo por su estructura sino también por el marco geográfico en el que estaba enclavado. Incluso se había planteado invitar al archiconocido Stephen King y organizar un coloquio sobre sus obras y una firma de libros, imaginaba que previo pago de una desorbitada cantidad de dinero.

Nada en esta vida es gratis.

Mientras esperaba la respuesta del maestro del terror, ese mes tenía previstos diferentes eventos con distintos escritores de menor talla pero que intuía que atraerían al sector más friki de los amantes de ese tipo de literatura en concreto. Estaba seguro de que todos anhelaban en su fuero interno convertirse en el sucesor del idolatrado escritor y él solo se encargaba de alimentar un poco más sus ilusiones.

Además, también había organizado un retiro para autores literarios y un congreso que había agotado las entradas para los días laborables de las primeras dos semanas, que era cuando menor número de visitas se esperaban. Lo había vendido como un lugar único en el que encontrar la inspiración y, desde luego, en eso no había mentido, aunque tampoco pretendiese decir la verdad.

Debido a todo ello, el presente año prácticamente cada uno de los días de octubre sin excepción, su hotel colgaba ufano el cartel de no hay habitaciones, contando con un interesante número de reservas en espera según las fechas concretas.

Rupert se frotó las manos una vez más. Repetía ese gesto de una manera casi compulsiva. Visto desde fuera, se veía como el típico avaro de una novela de Charles Dickens. Desde su despacho veía con claridad la caravana de vehículos que se dirigían a su hotel, como las moscas van a la miel. Se dibujó en su cara una sonrisa siniestra, similar a la de un cazador cuando tiene a tiro a su presa y sabe que no puede fallar. La Forgotten road no volvería a ser jamás la carretera olvidada.

Decidió que saldría a recibirles de forma pomposa. Pediría al fotógrafo del hotel que inmortalizara aquel momento. Aquella imagen quedaría para la historia. Antes o después, los medios de comunicación se harían eco de la grandeza de su edificio y del crecimiento de su imperio. No podrían obviarlo.

“Rupert Cook da el pistoletazo de salida al Halloween más escalofriante”.

Sin lugar a dudas, ese sería el titular de los periódicos, muchos de los cuales hablarían de las claves de un negocio exitoso poniéndolo como ejemplo de empresario brillante y perspicaz.

En algo tenía razón.

La noche de Halloween no tendría precedentes.



Capítulo 4



Con la caída de las hojas del calendario, las tonalidades de los árboles se iban transformando en colores ocres y rojizos, dejando a un lado sus trajes verdes tan típicos de las estaciones previas. Era un deleite para la vista contemplar como iban mudando de aspecto y el paisaje se vestía de una imagen tan típicamente otoñal.

Para finales de mes, si todo iba como estaba previsto y el cambio climático no aceleraba o atrasaba el proceso natural, algunos de los árboles quedarían ya completamente desnudos, luciendo sus esqueletos e intrincadas ramas con sus siniestras sombras, especialmente las provocadas gracias al estudiado juego de luces proyectado por los organizadores de las distintas actividades terroríficas. No pensaban desaprovechar ni la más mínima oportunidad de sacar rendimiento a los recursos que la zona ofrecía. Incluso desde el ayuntamiento habían favorecido que se instalaran distintos focos en puntos clave para crear ese ambiente misterioso al caer el sol.

Para suerte de los que estaban a favor de este aumento masivo de visitantes, ya se había producido en distintas ocasiones a lo largo de la primera semana el conocido espectro de Brocken, ese que ocurría de forma natural cuando la niebla caía sobre las montañas mientras el sol iluminaba desde detrás alguna figura que pasara por allí, provocando que una enorme silueta se dibujase y recordase a una aparición absolutamente temible. Aquello reforzaba la leyenda de que el entorno de Black Water Town era siniestro y peculiar, así como dado a que se produjesen fenómenos paranormales.

Muchos vídeos se estaban haciendo virales en torno al espectro que con frecuencia se producía en la zona en esa época y no hacía otra cosa que provocar que la curiosidad y el interés de cada vez más personas creciera. Si las cifras de visitas ya estaban siendo increíblemente buenas, todo indicaba que el año siguiente serían inconmensurables pues el crecimiento no parecía tener techo. Hasta tal punto era así, que algunos que, decepcionados, se habían quedado sin alojamiento en el año actual, empezaban a reservar para el siguiente.

Debido a todas estas perspectivas tan positivas para el negocio, Rupert Cook ya había tanteado con Jeff Mirader, el alcalde, la posibilidad de levantar un nuevo anexo del hotel, así como otro alojamiento consistente en cabañas ecosostenibles —para acallar a los amantes del medioambiente— más asequibles económicamente. La idea principal era que recordasen al campamento sangriento de Crystal Lake de Viernes 13. Sería un atrayente reclamo para los amantes de todo lo relacionado con la noche de los muertos.

—¿No entiendes lo que te estoy proponiendo, Jeff? Sería nuestra jubilación definitiva. Podríamos irnos de aquí de una vez por todas y trasladarnos a vivir al lugar que quisiéramos con todo tipo de lujos. Multiplicaríamos por cien la capacidad de alojamiento de la que disponemos, puesto que algunas de esas cabañas podrían ser para familias, pero otras también para mochileros, entrando en cada una tal vez hasta treinta personas. Incluso he pensado ya en qué lugar podríamos levantarlas. ¿No me digas que no te parece una idea brillante?

El dueño del Altavista hablaba con entusiasmo y tenía los ojos abiertos de par en par. Casi se podía ver el símbolo del dólar dibujado en sus iris, puesto que realmente estaba visualizando con claridad montañas de billetes que caían desde el cielo.

—No digo que no lo comprenda, Rupert, o que no me parezca una gran idea. ¿Acaso crees que yo no quiero? Pero hay que estudiar como vendérselo al resto. Ya están de uñas con todo este asunto. Hay un ambiente de crispación que es difícil eludir. Cada vez que me cruzo con alguno por la calle, echan pestes al verme. Les falta escupirme. Juraría que alguno ya lo ha hecho cuando le doy la espalda.

—Son unos paletos y unos mequetrefes sin visión —señaló, agitando su mano derecha en el aire.

—Sí, pero nos pueden poner muchos problemas, ya lo sabes. Puede que sean unos paletos, como tú dices, pero desde luego no son idiotas. Hay que darles algo a cambio si no queremos que nos pongan demasiadas piedras en el camino.

—¿Qué tal dinero por sus ruinosas casas? Podríamos convertir Black Water Town en la ciudad de Halloween. Incluso valoraríamos la posibilidad de cambiarle el nombre para que sea más atractivo. Sería un parque temático todo el año, sin restricciones. Encontraríamos alguna solución para los desplazamientos en la época de nieves intensas, por eso no te preocupes. Lo tengo todo pensado. Podríamos organizar incluso lanzamientos cinematográficos y ofrecerlo como el lugar ideal para grabar películas de miedo —comentó soñador el dueño del hotel, cuya ambición no paraba de crecer.

—¿Cómo puedes ser tan ingenuo, Rupert? A esta gente no les mueve el dinero. Se nota que no conoces a tus vecinos.

—¿Quién es ahora el ingenuo, mi querido Jeff? Todos, sin excepción, tenemos un precio. Solo hay que ajustar el de cada uno. Y si no, se me ocurren formas muy imaginativas de echarles de aquí —señaló con gesto siniestro.

Al alcalde le cambió la cara. Desde luego, parecía que iba en serio con ese comentario. ¿En qué estaría pensando concretamente? Prefería no saberlo. Puede que Jeff Mirader fuera un hombre ambicioso como el que más, pero había ciertos límites que no pretendía transgredir. Además, a pesar de que ahora estuviera un poco alejado de sus vecinos de toda la vida, lo cierto es que los estimaba. No solo eso. Adoraba su pueblo, aunque como todos alguna vez echase pestes y valorase la opción de trasladarse a un lugar de clima más benévolo.

A partir de ese instante, el alcalde de Black Water Town supo que debía andarse con cuidado con Rupert Cook. El exceso de ambición es una arma impredecible.



Espectro





Algo había comenzado a cambiar. Era casi imperceptible, pero se estaba produciendo sin ninguna duda. Solo era necesario fijarse con la debida atención. Observar sin prisas. Detenerse a mirar. Dejar atrás las ideas preconcebidas.

El espectro que de forma tan habitual se apreciaba en aquellas montañas y que tan misterioso resultaba, no era como siempre, aunque nadie en Black Water Town parecía darse cuenta por el momento. Demasiadas distracciones, quizá. Demasiada irascibilidad en los últimos tiempos que gastaba casi toda la energía. Estaban tan preocupados por otros temas que se habían olvidado de mirar más allá, al lugar en el que la niebla creaba formas tenebrosas.

Un error imperdonable.

La leyenda contaba que el espectro de Brocken se producía en esa zona por un motivo concreto. Más allá del fenómeno natural documentado en otras partes del mundo y explicado por la ciencia, cuyo origen se daba en las montañas Hartz de Alemania, había quien decía que la imagen que se proyectaba era la del Señor de las Montañas, un hombre que vivió muchos años atrás en la comarca y que se aseguraba de vigilar que se respetase el lugar casi como si fuera sagrado. Por ello, de cuando en cuando, se asomaba para controlar lo que sucedía más abajo, concretamente en la localidad que descansaba en la ladera norte, cerciorándose de que se respetaban los principios sagrados de aquel paraje natural. Cuando eso no era así, tomaba represalias hasta que lograba que se restableciera el necesario equilibrio.

En algunas ocasiones, se le habían atribuido incluso algunos desastres naturales que se produjeron años atrás. Hubo un poco de todo, algún derrumbamiento sin demasiada importancia pero que se interpretó como una señal, así como inundaciones debidas al deshielo y otras acontecidas tras fuertes tormentas veraniegas.

El poder que le atribuían los habitantes de Black Water Town estaba muy arraigado en el pueblo y era una creencia popular que se transmitía de generación en generación. A pesar de que demográficamente la villa iba decreciendo, los que vivían allí compartían esa convencimiento como un credo, salvo alguna excepción muy concreta como era el caso de Peter el tendero y Rupert Cook, por poner tan solo un par de ejemplos.

Otras creencias hablaban de que en el valle que se formaba en aquella cordillera era propicio para que los espíritus anidasen, en especial los de aquellos seres que no habían logrado la paz eterna y que vagaban en ese limbo existente entre el cielo y la tierra. Muchos de aquellos espíritus eran malignos y no convenía invocarlos, puesto que cuando se hacía, morían de forma inexplicable muchas personas, en concreto aquellos que se atrevían a perturbar su lugar. Por lo tanto, algunos consideraban que dicho espectro no era otra cosa que la manifestación inquietante de los distintos espíritus, los cuales adoptaban diferentes formas.

No eran las únicas leyendas, pero sí con casi total probabilidad las más extendidas. Muchos de

los habitantes de la zona las compartían y cada vez se estaban dando más a conocer, sin que lo pretendieran, entre muchos de los amantes del terror en busca de emociones fuertes.

Fuera cual fuera el motivo, el espectro daba la impresión de crecer día a día hasta adquirir, en alguna ocasión, dimensiones colosales. Cada vez que se hacía visible, su tamaño era perceptiblemente mayor. Pero no solo eso, avanzaba cada jornada un poco más, acercándose hacia el pueblo a un ritmo lento pero incesante. Eso, desde luego, era un aspecto totalmente nuevo. No obstante, que solo pudiera apreciarse los días de niebla no significaba que fuera menos cierto.

Estaba ahí y, de algún modo, tenía vida.

Si realmente era el Señor de las Montañas, seguro que no le gustaba lo que estaba viendo. Le enfurecería la afrenta que se estaba produciendo a esa tierra sagrada con la llegada masiva de irrespetuosos turistas.

Aunque no eran conscientes de ello todavía, el peligro se cernía sobre todos los habitantes de Black Water Town, pero también sobre los visitantes empeñados en invadir de forma indiscriminada sus dominios.

No tardaría en dar el primer aviso.

Pero reservaría sus fuerzas para un momento concreto.



Capítulo 5



Ya estaban a punto de sobrepasar el primer tercio de octubre. La noche le iba ganando la partida a los días de forma perfectamente perceptible, reduciéndose poco a poco las horas de sol. Eso invitaba a que los vecinos se recogieran antes en sus hogares, pero también a que los visitantes que acudían sedientos de historias terroríficas se echasen cada día más pronto a la calle.

Los negocios de la zona iban viento en popa, obteniendo unos beneficios económicos astronómicos. Muchos no podían ni creer el balance de ganancias que arrojaba su libro de cuentas de lo que iba de octubre y eso que todavía faltaban los días más fuertes.

No ocurría lo mismo con el estado de ánimo de los habitantes, que cada día estaban más cabreados con la situación, en especial los que no obtenían beneficio alguno de ello.

—Eres un vendido, Peter. Has convertido tu tienda en una atracción de feria más —se enfadó el anciano al contemplar en lo que se había transformado el habitual punto de abastecimiento de Black Water Town al que acudía con asiduidad—. Bien sabe dios que si sigo comprando aquí es porque no me queda otra opción. Mis huesos no están ya para grandes caminatas y mi coche no aguanta ya ese endemoniado camino hasta el siguiente pueblo. Te aseguro que, de lo contrario, no volverías a verme por tu tienda. No señor.

El tendero pensó en el viejo Buick del setenta y cuatro que poseía aquel hombre. No, desde luego que con ese trasto no llegaría al siguiente pueblo. Dudaba incluso de que arrancara. Hacía mucho tiempo que no lo veía en movimiento. Seguramente meses, pero no descartaba que fuese incluso más de un año o un par de ellos. Tampoco entendía muy bien por qué se empeñaba en conservarlo. Vale que era toda una reliquia, un clásico americano, pero también ea cierto que lo único que hacía en su cochera era acumular polvo.

—Vamos, Joseph. Tienes que ser más comprensivo conmigo. Siempre me he comportado bien contigo, ¿o no es verdad? Solo intento adaptarme a los nuevos tiempos, tal y como deberías hacer tú. Soy joven todavía y me merezco prosperar. Además, no hacen nada malo. También tienen derecho a disfrutar de la belleza que nosotros contemplamos a diario.

—¿Qué no hacen nada malo? —preguntó irritado, conteniendo la respiración y arrugando un poco más el rostro, ya de por sí surcado por las líneas que simbolizan la impronta que dejan los años vividos.

—No, claro que no. Está bien que la gente quiera divertirse. Seguro que tú también lo hacías cuando eras joven, como lo hemos hecho todos, aunque se nos olvide con los años. No hay nada reprobable en ello —defendió Peter con convencimiento. Sabía que el viejo era duro de roer, pero debía intentarlo. No obstante, cada vez se estaba volviendo más terco con según que cosas.

—¡Claro que lo hay! No solo es que dejan todo sucio, algo que no tendríamos por qué soportar, es que además muestran una falta de respeto a los muertos que, antes o después, traerá consecuencias. He visto a muchos paseando entre las tumbas, a pesar de ser un lugar sagrado. Ya verás cuando se levanten los muertos y comiencen a pasar cosas. Entonces no habrá marcha atrás y será tarde para arrepentimientos.

—¿Qué estás diciendo, Joseph? —preguntó el tendero con escepticismo y horror. No podía creer que su vecino estuviera hablando en serio y dando por veraces aquellas historias sin fundamento que circulaban por la zona. Lo tenía por un hombre cabal. Tal vez empezara a perder la chaveta.

—Lo sabes muy bien —respondió con la cabeza muy alta, reforzando su posición al dar un golpe en el suelo con su cayado.

—Y eso es lo que más me preocupa. Que sugieras lo que me estoy imaginando estando en tu sano juicio. Eres más inteligente que todo eso.

—¿Qué insinúas, Peter? ¿Acaso crees que este viejo ya ha perdido la cabeza? —inquirió visiblemente enfadado y, sin duda, ofendido.

—Todo lo contrario, Joseph. Precisamente porque creo que estás pero que muy lúcido, me sorprende que insinúes siquiera que Black Water Town vaya a verse invadido por espíritus malignos y zombies que se levantan de sus sepulcros. Este tipo de creencias infundadas deberían quedarse atrás. Desde que vivo aquí, no he visto jamás ningún fenómeno de esos.

—Yo solo espero que no tengamos que comprobarlo. Sabes tan bien como yo que este pueblo tiene historias muy oscuras detrás y eso es debido a algo. Muchas se remontan a tiempos antiguos y, si han llegado hasta nosotros hoy en día, será por algo. Además, desde hace muchos años, existe un acuerdo tácito con las ánimas. La parte que nos toca es no molestarlas y me parece que este espectáculo infausto es precisamente lo contrario.

—¿Y qué será lo siguiente, que el espectro baje desde la montaña y cobre vida? —preguntó medio en broma el dueño de la tienda—. Igual me lo encuentro en casa cualquier día cuando regrese. Lo mismo hasta le pido que me haga la cena, fíjate lo que te digo. Seguro que Rose se alegrará de ello.

El anciano le miró de forma dura. Le parecía una imprudencia por parte de su vecino que se tomase todo aquello con tan poca seriedad.

—Solo espero que no tengamos que lamentarlo —aseveró, justo antes de salir de la tienda dejando tras de sí una musiquilla siniestra que se activaba con el batir de la puerta.

Aquella misma noche, dos jóvenes desaparecerían en extrañas circunstancias sin dejar rastro. Nadie les echaría en falta hasta algún tiempo después.



Capítulo 6



El sábado doce de octubre, las condiciones meteorológicas fueron terribles. Un viento fuerte y vengativo barrió de gente las calles de Black Water Town, dejándolas desiertas de vida y llenas de objetos voladores por todas partes, ya fueran hojas, ramas secas, papeles y otras cosas menos ligeras que tampoco pudieron resistir las embestidas de ese aire furioso.

Según los modelos meteorológicos que anunciaban en diferentes medios de comunicación, el tiempo no tenía visos de mejorar a corto plazo, salvo por alguna breve tregua. De hecho, la temporada de nieves podía adelantarse en esa remota zona de montaña y se esperaba una fuerte ventisca para finales de mes. El frío ya había hecho aparición y los abrigos se habían convertido en los protagonistas de la moda del lugar.

No obstante, era una previsión muy arriesgada por su anticipación, aunque se estaba formando una de esas borrascas que se ven una vez cada muchos años, densas y cargadas, nudosas y abigarradas, una de las que no solo traen mal tiempo, sino también alguna que otra desgracia inherente a su inusitada fiereza. Aquello reforzaba la teoría de algunos de que el Hombre de las Montañas, representado por el espectro que se estaba viendo con inusual frecuencia ese mes, se estaba cabreando de verdad y no tardaría en dejar clara su opinión al respecto. Por desgracia para los que se encontrasen en los alrededores, comprobarían en sus carnes que no lo expresaría con palabras, sino con hechos.

Eso era justo lo que más temían los lugareños.

Por el momento, vecinos y turistas ya tenían bastante con ese viento endemoniado que arrastraba todo a su paso. Nadie se atrevía a salir. Luchar contra ese aire bravo y tratar de avanzar en sentido contrario al que soplaba era toda una osadía. Por si fuera poco el vendaval, los grados habían caído estrepitosamente y daba pereza hasta asomar la nariz por la puerta. La sensación térmica era heladora. Incluso podían apreciarse algunos afilados témpanos de hielo en las cornisas de algunas casas.

El dueño del hotel se estaba frotando las manos. Cierto era que, con buen tiempo, las posibilidades de actividades y propuestas se multiplicaban. Sin embargo, ese clima adverso implicaba que sus huéspedes permanecerían encerrados entre las cuatro paredes de su alojamiento y seguro que los ingresos del bar se multiplicarían por varias cifras. No hay nada como situaciones similares a esa para que a la gente le diera por empinar el codo. Menos mal que las reservas de alcohol siempre estaban bien provistas y tenía los almacenes a rebosar, pues bien sabía que era una forma fácil y apetitosa para muchos de ahogar sus penas cuando los planes se torcían.

Se le ocurrió organizar una velada especial para esa noche en el salón del hotel. Un baile de disfraces. Otra forma de ayudar a sus huéspedes a desinhibirse. No sería nada difícil arreglarlo con pocos recursos. En realidad, no había mucho que hacer, puesto que el salón ya estaba preparado para otros eventos programados para ese mes y la decoración de la sala era acorde a lo que iban buscando los visitantes en esa época del año. El hotel poco se parecía a cómo era habitualmente, mucho más sobrio. En ese momento recordaba más al castillo del Conde Drácula.

La temática de dicho baile era más que evidente. Sería un auténtico desfile terrorífico. Además, sabía que muchos de los que se hospedaban allí viajaban con atuendos relacionados con la temática del terror, así que lo único que haría sería ofrecerles la oportunidad de lucirlos en una fiesta. Para los que no dispusieran de nada en su equipaje que pudiera servirles, podría alquilar algunos de los múltiples trajes y disfraces que tenía en el almacén y que usaba el personal del hotel en las distintas actividades que se llevaban a cabo.

Cuanto más lo pensaba, más redondo le parecía el negocio. Había múltiples oportunidades de sacarle provecho a ese fuerte temporal. Ni en sus mejores sueños llegó a imaginar que las cosas pudieran salirle tan bien.

Empezaba a pensar que la imposibilidad de que se llevase a cabo esa noche el tour por Black Water Town que estaba planificado era una ventaja, puesto que mientras los huéspedes estuvieran fuera de su alojamiento, él perdía dinero. Además, no esperaba ninguna muestra de agradecimiento por parte de sus vecinos por los ingresos extra que lo que él montaba les traía. Más bien al contrario, no hacían más que ponerle trabas a todas sus propuestas.

Lo único que realmente lamentaba de la llegada de ese temporal era que el viento tan fuerte y la bajada de las temperaturas le impidiesen realizar también la visita al cementerio que habían montado ese año en las inmediaciones del hotel. Era una verdadera pena, pues estaba convencido de que el espectáculo daría que hablar. Tendría que conformarse con llevarlo a cabo otra jornada más propicia.

La noche del doce de octubre, cuando el alcohol ya había hecho efecto a propios y extraños, un hombre caería desde el balcón de su habitación, abriéndose la crisma contra el suelo.

Los servicios médicos y los policiales establecieron que había muerto de forma accidental. Los testigos le habían visto ingerir cantidades desorbitadas de alcohol.

Todos lo creyeron.

La fiesta siguió.

Pero las causas de la muerte poco tuvieron que ver con un accidente.



Capítulo 7



Steve Manson había sido banquero y prestamista toda su vida. Su fama de usurero se la ganó a pulso. Aprovechándose de su servicio casi exclusivo, pedía unos intereses estratosféricos que algunos no tenían otro remedio que aceptar para salvar ciertas situaciones complicadas.

Hizo carrera principalmente en Black Water Town, su lugar de nacimiento, pero debido a las pocas posibilidades que ofrecía aquel pueblo de escasa vida, tuvo que ampliar sus horizontes, en especial en la época de sus comienzos. Siendo un hombre visionario como él y con pocos escrúpulos, no le costó encontrar las debilidades de la gente y aprovecharse de los más humildes. De ese modo tan rastrero, vio cómo su fortuna crecía al mismo ritmo que su ética menguaba.

Sin embargo, no todo le había salido tan bien como quisiera. Por poner un caso, un ejemplo que le escocía de manera más intensa, sospechaba que Rupert Cook no había jugado limpio. De hecho, empezaba a pensar que había sido demasiado generoso con el hotelero en su peor momento y que este no le estaba pagando en consecuencia. Para ser honestos, le había devuelto el monto total del préstamo en menos tiempo del que estimaron en su momento, intereses incluidos.

Aquello era innegable y no podía exigirle nada.

No obstante, las ganancias de aquel préstamo fueron finalmente muchas menos de las previstas debido a que dicho intereses iban en aumento con el tiempo y no previó que pudiera amortizarlo tan pronto. Viendo lo bien que le iba el negocio del Altavista, se encontraba molesto porque Rupert no le ofreció en ningún momento la oportunidad de participar e invertir en ese proyecto que tan abultados beneficios estaba dando. Le había tratado como un amigo y no estaba actuando en consecuencia, acto que le ofendía enormemente.

Desde la ventana del despacho que tenía en su casa, una nada modesta mansión con todo tipo de lujos, contemplaba en la lejanía el mastodonte de hormigón que se erigía en uno de los puntos más altos de la zona y que parecía dominar el lugar desde aquel promontorio. Con los manos a la espalda y una pipa en la boca, no paraba de darle vueltas a ciertas ideas poco amigables.

El viejo gruñón estaba pensando en la forma de cobrarse la parte que él consideraba que le correspondería. La venganza estaba en su ADN y no pararía hasta hallar el modo de resarcirse. No es que atravesase precisamente estrecheces económicas, pero adoraba amasar dinero y se sentía excluido de algo que él había facilitado que saliera adelante. Le resultaba del todo imperdonable.

—No está bien, no señor. Uno no puede olvidarse así como así de los amigos. No tendría nada si no fuera gracias a mí. Seguiría siendo un *hotelucho* de mala muerte —rumiaba en voz alta, aunque la relación con Cook estaba lejos de ser precisamente una amistad en términos convencionales—. Ese maldito egoísta me las va a pagar todas juntas. Ya veremos que hace si se va a pique su negocio o empiezan a correr rumores sobre problemas de insalubridad o de otro tipo en el hotel. Seguro que vuelve a mí arrastrándose y pidiéndome ayuda. Ahí se enterará de

quién soy yo. Buscaré el momento idóneo. No es bueno tener prisas.

Obviamente, Steve Manson no era de los que se quedaba esperando a que las cosas sucedieran, sino de los que consideraban que el futuro hay que crearlo.

Solo tenía que darle forma a un plan.

La caída de aquel borracho desde el balcón de su habitación podría allanarle el camino.



El hotEL





Hasta no hacía demasiados años, Black Water Town estaba compuesto por un pequeño número de casas, la plaza del pueblo y poco más, a excepción del viejo caserón siniestro que un día fue, según decían las malas lenguas, la mansión de Lord Carpenter y que era de los pocos edificios que resistía las embestidas del paso del tiempo.

La demografía de aquella localidad había sufrido drásticas subidas y bajadas a los largo de los siglos. Hubo épocas de esplendor en las que fue uno de los núcleos fuertes de la zona a pesar de su situación entre montañas. Tal vez, precisamente por ello, se convertía en una aldea inexpugnable y muchos encontraban allí un lugar tranquilo donde vivir en épocas de guerras o de cierta inestabilidad.

En otros momento, por el contrario, se quedó casi desierto y solo unas pocas familias se resistían a abandonar aquel paraje en el que habían crecido. La belleza de la zona y su riqueza natural era uno de los principales motivos para quedarse.

En los últimos tiempos, había que remontarse poco más de treinta años para encontrar una cantidad de población que poco se parecía a la actual, puesto que en aquella época estuvo a punto de desaparecer. En los últimos cinco años, se produjo un cambio de vértigo. Muchos regresaron de su aventura en otras latitudes y algunos llegaron buscando aire puro y tranquilidad. Los menos, encontraron en Black Water Town un lugar ideal para disfrutar del retiro. Y un pequeño porcentaje se quedó a vivir allí después de haberse enamorado de la zona tras una excursión o un viaje ocasional.

No significaba que existiera un crecimiento demográfico masivo, aunque sí apreciable. De hecho, en la época dura del año, es decir, los meses del otoño y el invierno, seguían residiendo allí los de toda la vida y unos cuantos más que adoraban la nieve o que estaban tan saturados de la ciudad, que se negaban a enfrentarse de nuevo al estrés que les ocasionaba. El resto emigraba a lugares de clima más cálido y llevadero, olvidándose de ese pueblo recóndito situado entre montañas hasta nuevo aviso. Sin embargo, cada vez más gente se había animado a comprar algún terreno allí a bajo precio y construirse una casa de veraneo.

Esa había sido la primera fase de crecimiento. Poco a poco, posiblemente gracias al boca a boca y también al altavoz que suponían internet y las redes sociales, se había incrementado la visita de excursionistas durante los meses de meteorología más agradable. Como consecuencia, hubo un aumento de personas que buscaban algún hospedaje por allí para pasar un par de días en un alojamiento rural que tan de moda se había puesto como modo de dejar atrás el ritmo endiablado de la ciudad. Además, las fotos y el postureo con ese paisaje de fondo quedaban espectaculares en las distintas publicaciones de los *influencers*. Todos querían lucirlo en su perfil y presumir de aventura.

Posteriormente, casi a la par del aumento de visitantes, quizá propiciado por ello, comenzaron a circular las leyendas de Black Water Town y a popularizarse como un atractivo más para las noches bajo las estrellas en el verano. Cierto era que historias de todo tipo se atribuían a ese enclave en concreto y daba pábulo a nuevas fábulas que no paraban de crecer, hasta el punto de que costaba discernir las clásicas y consideradas como reales de las que eran fruto del imaginario colectivo reciente que las había alimentado.

Fue a partir de ese momento de expansión indiscriminada de rumorología de diferente calibre

cuando Rupert Cook se planteó la posibilidad de abrir su negocio sin necesidad, en un primer momento, de un gran desembolso económico, pues su ambición no era tan grande al comienzo. Entre otras cosas, porque era difícil prever ese cúmulo de circunstancias favorecedoras. No obstante, su olfato olió las posibilidades cuando nadie las detectó y ahí ganó una ventaja que ya no perdería.

Su familia tenía a su nombre un terreno en un punto muy elevado que bien podría haberse considerado tierra de nadie, ya que precisamente nadie se acercaba hasta allí. Si no fuera por unas antiguas escrituras en las que apenas se podía leer nada, ajadas y con la tinta casi borrada por el paso del tiempo, no habría podido justificar su propiedad. De cualquier forma, no fue fácil descifrar los garabatos que se intuían en ese papel que se caía a pedazos.

Aquel promontorio no era nada codiciado, otro elemento que tuvo a su favor, y sin embargo, el tiempo había demostrado que tenía un gran potencial. Claro que, para ello, era necesario capacidad de visión a largo plazo y, por encima de todo, paciencia y una buena dosis de suerte. De lo segundo tuvo a raudales.

No obstante, es preciso mencionar que muchos en tiempos remotos no quisieron ni acercarse hasta allí, ya que lo consideraban un lugar maldito por la cantidad de muertes acontecidas ahí arriba. Entre otras cosas, se decía que muchos se suicidaron desde ese alto, puesto que al borde del terreno había un afilado precipicio con una caída de varios metros, tal vez un par de cientos. Aquello ponía los pelos de punta a muchos y temían que solo subir a aquel lugar ya te hacía perder la cabeza. Puede que incluso hubieran escuchado voces que les empujasen a saltar, alimentando a los espíritus malignos que permanecían en la zona. Alguno en el pueblo ya había insinuado que el borracho que cayó desde el balcón no lo hizo solo por accidente.

Rupert Cook desoyó todos esos comentarios que le parecieron tonterías. Su escepticismo fue una indudable ventaja en este caso. Hacer oídos sordos de los rumores y los cotilleos fue su otra baza.

El terreno estaba bastante liso y, con un presupuesto bastante ajustado y unos materiales de construcción mejorables, logró alzar el edificio en poco más de un año. Otra cosa fue levantar el negocio, algo que le costó un poco más y que, debido a las deudas que empezaron a asediarle, le faltó poco para abandonar hasta que las cosas, casi de la noche a la mañana, cambiaron.

Los primeros huéspedes no se llevaron una buena impresión y eso ralentizó el ritmo de crecimiento, puesto que el hotel, debido a las prisas por abrirlo, no estaba en las mejores condiciones cuando lo hizo. Era una zona en la que el viento soplaba fuerte y sus silbidos atemorizaban a los que los escuchaban dentro de sus habitaciones, mientras el frío se colaba por las rendijas.

Fue subsanando aquel tipo de carencias poco a poco y gracias a que la mayor parte de los que reservaban iban en la época más cálida del año, muchas cosas pasaban desapercibidas.

Entonces llegó la gran explosión de turistas y vio cómo el hotel se llenaba desde inicios de octubre hasta el final. Con lo que empezó a recaudar, comenzaron las mejoras y también la notoria ampliación del hotel. Terreno no le faltaba, desde luego.

Como se suele decir, parece que el dinero llama al dinero y, en su caso, este no cesaba de crecer y con él, no solo el Altavista, sino también su ambición. Rupert Cook pensaba que el crecimiento de su amado hotel no tendría fin.

En la actualidad, era una mole de imponentes dimensiones y tenía incluso un laberinto, al más puro estilo del Overlook de El Resplandor. Desde luego, no fue casualidad, sino totalmente intencionado, puesto que pronto se le ocurrió promocionar ofertas de retiros para escritores garantizándoles que allí encontrarían la inspiración, si es que esta se hallaba jugando al escondite

con ellos. Las musas saldrían a su encuentro, ¿cómo negarse a ir si las posibilidades económicas lo permitían?

No obstante, había algo de verdad en las siniestras leyendas que decían que en aquel promontorio la muerte campaba a sus anchas. Era cierto que muchos habían fallecido allá arriba desde tiempos inmemoriales, pero lo que la mayoría desconocían es que verdaderamente la muerte los llamaba cuando se atrevían a alcanzar ese lugar.

En especial, en fechas señaladas.



Capítulo 8



La mañana del veintiuno de octubre el ambiente se notaba más y más enrarecido. Un grupo de cincuenta personas que se trasladaron a Black Water Town el fin de semana recién terminado habían dejado claro testimonio de su estancia. Esos cincuenta se unieron a varios cientos que también habían reservado, bien en grupos más pequeños, en parejas o incluso alguno que se había trasladado hasta allí de forma individual para disfrutar de las distintas atracciones ofertadas. Tras ellos dejaron un reguero de basura y destrucción que indignó a todos los vecinos, casi sin excepción. El alcohol había corrido a raudales, hasta hacerles perder el punto de inhibición a la mayoría de ellos. Las normas básicas de educación fue otra de las cosas que también olvidaron.

Por si todo eso fuera poco, seguramente en parte debido al exceso de bebida, se mostraron irrespetuosos con la gente con la que se cruzaban por la calle, lo que hizo que muchos pusieran el grito en el cielo. Incluso hubo más de una pelea en un pueblo en el que la tranquilidad era el clima reinante.

Las consecuencias fueron alborotos y altercados en mitad de las calles que requirieron de la intervención de los escasos efectivos de la policía de los que disponía esa pequeña localidad de montaña. Ni que decir tiene que era la primera vez que tenían que enfrentarse a algo así. De hecho, el trabajo policial en Black Water Town solía reducirse a bajar gatos de los árboles, ayudar a ancianas a buscar sus llaves perdidas y lograr que pudieran entrar en sus casas y situaciones por el estilo. Es decir, nada que ver con la labor de las fuerzas del orden en una ciudad.

Pero no solo los ánimos de los lugareños estaban alterados, se percibían cosas que flotaban en el ambiente y que eran casi imposibles de definir. Muchos compartían sensaciones que alertaban de que algo grave estaba a punto de suceder. No eran capaces de ponerles palabras. A veces, notaban a los animales más alterados de lo normal. En otras ocasiones, un silencio ominoso parecía dominar la zona durante unos segundos. Un silencio en el que no se percibía absolutamente nada.

Un vacío absoluto.

Un vacío poblado de incertidumbres.

Otros hablaban de vibraciones que les provocaban estremecimientos. Algunos incluso declaraban que habían sentido un escalofrío recorrerle el cuerpo sin que pudiese explicarse por las bajas temperaturas.

—El otro día sentí como un soplido helado en mi nuca. Os juro que tuve la sensación de que había una presencia allí —comentaba Margaret, la dueña del lugar que hacía las veces de centro de reunión en la plaza del pueblo, mientras limpiaba con la bayeta la barra del bar.

Al principio solo era una sala con cuatro mesas en la que los vecinos acudían los domingos a hablar de temas del pueblo y Margaret, dueña del local, solía ponerles un café. Le gustaba que se

reuniese allí la gente, puesto que era una mujer muy sociable, especialmente desde que Abe, su marido, falleciese repentinamente. Entonces le preguntaron por qué no se planteaba montar un bar y así podrían pedir algo más que un café, ya fuera solo o con leche. De ese modo, ella estaría más entretenida y todos podrían pasar por allí a tomarse algo cuando les apeteciese, sin tener que esperar a los domingos. A Margaret le pareció buena idea y lo puso en marcha en un breve espacio de tiempo.

Le había quedado muy coqueto. Era una mujer con buen gusto y con buena mano para la cocina, así que contrató a un par de jóvenes que vivían allí para que la ayudasen cuando no estuvieran estudiando y empezó incluso a servir comidas y cenas.

Sin quererlo ni esperarlo, su negocio empezó a crecer.

Allí precisamente era donde estaban varios conversando acerca de estas señales que empezaban a sentir cada vez con más claridad y que ya comenzaban a inquietarles. La mayoría de los que vivían allí decían haberlas experimentado de un modo u otro. Quizá solo fuera la sugestión propia de sus creencias, ya que, quien más y quien menos, todos creían de algún modo en alguna de las leyendas que habían dado fama a la zona.

Era imposible predecir qué iba a suceder y mucho menos ponerlo en palabras, pero ya algunos comentaban que algo se estaba despertando. Aseguraban que las ánimas que habitaban ese área y que eran consideradas las guardianas estaban viendo alterada su paz. Eso no les iba a gustar y, a pesar de que en años anteriores no sucedió nada relevante, casi todos compartían la impresión de que esta vez puede que no se tomasen tanto alboroto con tan buen talante.

Por su parte, el espectro se aparecía con una frecuencia inaudita. No había casi jornada que no amaneciera con una espesa niebla y que se dibujase en el horizonte una silueta de dimensiones descomunales que resultaba cada día que pasaba más amenazante. Muchas veces, volvía a producirse al atardecer, justo cuando el sol estaba a punto de esconderse. Eso no era nada habitual.

Los turistas estaban encantados y hacían fotos sin parar de aquel fenómeno que les tenía cautivados y por el que no sentían ni el menor temor. No obstante, adoraban ese aire misterioso que proporcionaba al lugar y que alimentaba las noches de reuniones sobre temáticas terroríficas. Aquello les parecía un atractivo más que hacía que mereciese la pena haberse trasladado hasta allí. Los pasajes del terror y las distintas actividades que se habían organizado durante el mes con relación a la noche de los muertos veían amplificados sus efectos.

Aquel veintiuno de octubre sucedería el primer hecho verdaderamente inexplicable. No sería el único, ni mucho menos, pues vendrían unos cuantos después. Era como una mochila que se va llenando hasta que empieza a dar avisos de que ya no aguanta el peso. Entonces, comienza a desgarrarse poco a poco, de tal modo que algunas cosas pequeñas caen de forma apenas perceptible hasta que se rompe del todo y se desparrama su contenido.

Algo similar estaba sucediendo en Black Water Town y los alrededores. El ambiente se estaba cargando despacio de energías negativas que mandaban pequeñas señales.

La muerte hace que nos planteemos la gravedad de nuestras acciones.

Y eso es precisamente lo que ocurrió.



El cementerio de mascotas





Dos eran los cementerios que había en el entorno de Black Water Town. Uno igual al que se localiza en todas las poblaciones, destinado a que descansen los restos de los lugareños cuando el sueño eterno sale a su encuentro. Estaba cubierto de un verde y esponjoso manto de espléndida hierba, nutrida por las aguas de lluvia que tan abundantes habían sido en primavera y que no se olvidaron de aparecer de forma recurrente durante el verano.

Esta necrópolis se hallaba situado a las afueras del pueblo, junto a la iglesia. La carretera principal pasaba junto a ese lugar en el que descansaban los antepasados de los actuales residentes y se había convertido en la primera parada para hacerse una foto para los que llegaban de visita. La desvencijada y alta puerta de metal, oxidada por efecto de la lluvia y del paso del tiempo, le daba un efecto siniestro que era difícil pasar por alto. El chirrido ahogado de sus goznes te erizaba el vello si eras mínimamente sugestionable.

No obstante, a pesar de que siempre un cementerio despierta temores y recelos, lo cierto era que el que verdaderamente ponía los pelos de punta era el que se encontraba junto a la medio derruida mansión de Lord Carpenter. En el pueblo lo conocían como el cementerio de animales, aunque al principio se le llamaba el cementerio de mascotas, ya que muchos llevaban hasta allí a sus peludos seres queridos porque consideraban que serían más felices si los enterrasen junto a otros animales.

El terreno estaba salpicado por las distintas lápidas, las cuales contenían nombres peculiares y divertidos, muy propios de una mascota, y mensajes que habían grabado en ellas para manifestar el valor que habían tenido en sus vidas y el cariño que les profesaban.

«Siempre te recordaremos, Scooby. Siempre fuiste el mejor perro que podíamos tener. Tus lametones no serán olvidados».

En principio, no tenía por qué tener nada de extraordinario, si no fuera porque, al lado de innumerables bestias, descansaban también los restos de toda la familia Carpenter, lo cual en sí ya era una anomalía y casi podría interpretarse como una falta de respeto.

Sin embargo, lo espeluznante era que muchas noches se escuchaban aullidos que procedían de allí. La única explicación que hallaron los residentes en Black Water Town era que algunos coyotes o lobos bajasen de las montañas por las noches y se acercasen hasta aquel lugar para visitar el camposanto. No obstante, no parecía ser una explicación con sentido, puesto que lo que precisamente no había allí enterrados eran ni coyotes ni lobos. Tampoco se los había visto merodear en otras ocasiones. Entonces, ¿a cuento de qué iban a ir a visitar aquel sitio en concreto? Salvo que fueran en busca de alimento, no parecía una explicación plausible.

Debido a ese cúmulo de circunstancias, comenzó a extenderse la creencia de que el que aullaba precisamente era el viejo San Bernardo que la leyenda decía que perteneció a Lord Carpenter y que mordió a su señor tras contraer la rabia. No había ningún testimonio por escrito de aquel hecho, ningún documento que lo recogiese, pero no importaba. La tradición oral era tan fuerte en la zona que no hacían falta libros ni papeles que atestiguaran aquella leyenda que había pasado de generación en generación desde hacía cientos de años.

En las últimas noches, incluida esa del veintiuno de octubre, los aullidos habían ido aumentando de volumen hasta el punto de oírse desde cualquier rincón del pueblo, incluido el

Hotel Altavista, que era el lugar más alejado del cementerio de mascotas y la vieja mansión de los Carpenter.

Nadie había acudido a visitarlo por el momento. Pero eso estaba a punto de cambiar, debido a que, en el famoso alojamiento, Rupert Cook tenía planeado organizar excursiones nocturnas con guía hasta allí para los últimos días del mes. Todo apuntaba a que sería una de las grandes atracciones de la noche de Halloween.

Si alguien del pueblo se hubiera molestado en los últimos días en acercarse caminando al camposanto animal, habría apreciado tierra removida por doquier. Era algo misterioso para lo que no había una explicación que la lógica aceptase.

Incluso podían apreciarse algunos huesos por fuera de los sepulcros, como si alguien hubiese escarbado para profanar las tumbas.

Todavía tardarían unos días en descubrir lo que allí se estaba barruntando.



Capítulo 9



Un cuervo se posó en uno de los árboles de la vereda que salía de la plaza del pueblo el domingo veintisiete de octubre. Era un día oscuro y feo, cargado de malas señales y de una electricidad estática que alteraba los ánimos incluso del más pintado.

Aquel cuervo daba la impresión de estar vigilando el lugar. Desde que había ocupado aquella rama, no se había movido ni un milímetro. Solo movía la cabeza hacia un lado y otro con unos ojos de mirada afilada.

El balance de lo que iba de mes era nefasto para los residentes de Black Water Town, no así para los que tenían negocios lucrativos relacionados con la fiesta oscura del mes de octubre que seguían frotándose las manos y llenándose los bolsillos.

Los propietarios de alojamientos de cualquier tipo, de tiendas o cafeterías, así como los que organizaban actividades relacionadas con el terror en cualquiera de sus dimensiones, estaban encantados con el desmesurado nivel de ingresos que estaban obteniendo. No se habían visto en otra igual.

Y todavía quedaba lo mejor.

Faltaban cuatro días para el treinta y uno de octubre y ya se estaban frotando las manos.

Esa última semana antes de la fiesta, se estaba celebrando un congreso de escritores de tres días de duración. Algunos repetían la estancia, pues ya estuvieron en el retiro organizado durante la última semana de septiembre y la primera del presente mes.

Estaba todo calculado con precisión. Los artistas de las letras ocupaban las habitaciones del hotel entre semana, momento en el que bajaban las reservas, aunque los números habían sido notablemente mejores de lo esperado. La cuestión era que los plumillas abandonarían el *resort* justo antes del fin de semana, a tiempo para que pudieran prepararlo todo bien para los que se alojarían allí desde el día treinta hasta el domingo dos de noviembre. El precio de las habitaciones esos días era claramente abusivo. A pesar de ello, no les quedaba ni un solo dormitorio libre.

El congreso estaba siendo de lo más entretenido. Había personajes relevantes de la literatura y muchos intentos de escritores que soñaban con hacer de las letras su profesión. Las mesas redondas ardían con debates de todo tipo y las charlas lograban levantar a muchos de sus asientos. Además, se dejaron caer algunos cazatalentos por el hotel enviados por algunas de las editoriales más potentes por si allí podían localizar a su próximo autor estrella que llenase a rebosar las arcas.

Se hicieron también durante esos tres días actividades de creación literaria que fueron muy estimulantes para la mayoría, pero que sumieron a otros en un bloqueo del que les costaba salir debido a la presión que les suponía ver a sus compañeros tecleando sin parar mientras que sus musas parecían haberse quedado en la barra del bar del Altavista tomándose unas copas.

A pesar de todo aquello, la semana se vio ensombrecida por aquel suceso que se produjo el

lunes veintiuno y que, desde luego, no parecía fruto de la mala suerte sin más, tal y como al principio se creyó.

La supuesta muerte accidental de un turista que se había encaramado a un lugar muy empinado para sacar una foto del espectro desde más cerca había conmocionado a los presentes. Algunos, incluso, vieron en primera persona cómo se precipitaba al vacío, algo difícil de olvidar.

No obstante, el estupor no duró demasiado, lo justo hasta que llegaron los sanitarios y la policía judicial para llevarse el cuerpo del fallecido, mientras que la doliente viuda se martirizaba porque ni siquiera se había percatado de que su marido había abandonado el hotel. Por otro lado, ella no paraba de asegurar que era impensable que eso le hubiera sucedido a él, ya que era un experto montañero que había escalado picos realmente difíciles de coronar. Algunos consideraron que era comprensible que pensase así. Al fin y al cabo, nuestra mente siempre intenta buscar una explicación razonable, aunque a veces esta no exista.

Como era el caso.

Los que acudieron a hacer su trabajo tras esa fatídica muerte tardaron más de lo que les hubiera gustado debido al mal estado de la carretera y al clima adverso. Durante esas eternas horas, la gente reprimió sus ganas de jolgorio, pues parecía feo seguir como si nada hubiera pasado, en especial para los que conocían al fallecido o habían compartido tiempo con él en las horas anteriores.

Los habitantes de Black Water Town recibieron con tristeza la noticia, pero, a la mayoría, no les extrañó. Esos que no se sorprendieron no creyeron en absoluto que era un suceso accidental, sino que, como la novela de García Márquez, era la crónica de una muerte anunciada. No significaba que se esperase el fallecimiento de ese hombre en particular, pero no dudaban de que cosas malas tenían que pasar después de tantos excesos.

Algunos aseguraban que aquel joven sintió la llamada de la muerte. Tal vez las ánimas le susurraron al oído que se lanzase y dejase atrás una vida de dolor. Tal vez, incluso, la mano de algo diabólico le hubiera empujado desfiladero abajo.

La supuesta fotografía no les parecía más que un excusa o, mejor dicho, una coartada que intentaba confundir a la gente. Era mucho más fácil asumir que el joven se había caído de forma accidental que el hecho de que se hubiera tirado intencionadamente.

—En eso estamos todos de acuerdo —dijo Jason, uno de los trabajadores del aserradero—. Todos los que somos de aquí o tenemos familia que ha vivido en Black Water Town toda la vida conocemos lo que dice la leyenda.

—No lo dudes, colega. Ese lugar donde se ha empeñado Rupert en levantar el puñetero hotel está maldito. Todos por aquí sabemos que es donde la muerte encuentra presas fáciles. Ha sido así desde siempre. No me explico como algunos se atreven a negarlo —corroboró Rush, otro de los trabajadores.

—Es más que una leyenda. Yo conozco a montañeros verdaderamente experimentados que, cuando han visitado la zona para escalar esa parte de la montaña, han escuchado una voz que les llamaba y les decía que se tirasen al precipicio —comentó Margaret con convencimiento.

—¿Tú conoces a montañeros experimentados? ¿En serio? —preguntó con escepticismo Peter que se había acercado a tomar algo después de cerrar la tienda.

—No te hagas el tonto. Sabes que en mi bar escucho muchas cosas. Además, con toda esta locura de Halloween, tengo el local siempre lleno, más de lo que me gustaría si te soy sincera —expresó, mostrando la palma de sus manos para reforzar el sentido de sus palabras.

—Perdona, mujer, no pretendía ofenderte.

Margaret puso una mueca que no supo bien cómo interpretar. En todo caso, era una mujer de

buen carácter. Si le había molestado, no tardaría mucho en pasársele el enfado.

—Estoy hablando en concreto de un grupo que vino el año pasado y que pertenecían a un club de escalada profesional. Serían ocho al menos y lo escuché a la perfección y no de la boca de uno o dos, sino de la mayor parte de ellos. Cuando uno solo experimenta algo así, puede tener otra explicación, pero que varios comenten lo mismo, desde luego no es mera casualidad ni una alucinación.

—Bueno, las alucinaciones colectivas existen, así que no sería tan extraño —continuó defendiendo el tendero, que solía ser el más escéptico.

—Mira, Peter, yo también me beneficio económicamente de esta vorágine que trae consigo la celebración del día de los muertos, aunque no sé si quiero este desgaste a cambio de dinero, porque, insisto, para mí eso no es lo más importante. En cualquier caso —continuó, levantando la voz con la intención de no dejar hablar al tendero hasta que terminara, puesto que había dado señas evidentes de querer interrumpirla—, no me olvido de nuestras tradiciones y creencias. Estoy segura de que ese lugar está maldito y tú hace no tanto que pensabas lo mismo. No puedes negarlo ahora.

—No es que lo niegue frontalmente, pero es cierto que empiezo a tener la mente más abierta y a creer menos en estas patrañas. Hay que evolucionar, mi querida Maggie.

—Dirás entonces que no has observado tampoco lo que está sucediendo con el espectro, ¿no?

—No sé a qué te refieres —se defendió, a pesar de que él también estaba empezando a hacerse preguntas al respecto.

Ella le miró analizando su expresión como un entomólogo a un insecto bajo una lupa de aumento. Indudablemente, estaba sacando sus conclusiones de aquello.

—Me decepcionas. No esperaba esto de ti. Jamás me lo habría imaginado —le dijo corroborando con su expresión lo que pensaba—. Es más que evidente que el dinero te ha nublado el juicio. Ahora entiendo lo que dice Joseph acerca de que no te reconoce. A mí también me cuesta creer que seas el mismo que conozco desde hace tantos años.

Peter puso los ojos en blanco. Resopló hastiado por aquellos comentarios. Debería haberse esperado que el viejo gruñón se dedicase a predicar su opinión al respecto. Era un auténtico chismoso. Por fortuna para él, no estaba afectando ni lo más mínimo a su negocio.

—Creo que por hoy ya he tenido suficiente —dijo el propietario de la tienda, levantándose del taburete en el que estaba sentado y dejando un billete de cinco dólares sobre la barra.

—Dale una vuelta a todo lo que está sucediendo, por tu bien —le aconsejó Margaret.

Él se despidió con un gesto de la cabeza.

No pasaría demasiado tiempo hasta que cambiara de opinión. Todavía no habían revisado el móvil a fondo del fallecido, pero en él había una serie de fotos espeluznantes que, además, tardarían aún en hacerse públicas.

Aquellas imágenes eran el claro testimonio de que algo del más allá había venido a visitarle y se lo había llevado con ello.



Capítulo 10



El veintiocho de octubre dos cuervos más se posaron en las ramas más altas de otros dos árboles de aquella céntrica calle en la que se vio al primero un día antes. Parecían un símbolo de mal augurio. Quizá estuvieran tomando posiciones para darse un festín cuando la muerte campara a sus anchas por Black Water Town.

En realidad, nadie por allí había reparado en ello. A pesar de que las ramas estaban ya casi completamente desnudas, no llamó la atención su presencia. Al fin y al cabo, solo eran tres pájaros negros como el azabache descansando un día cualquiera del mes de octubre.

Desde allí, vigilaban el transcurrir de la vida esos días. Precisamente aquel veintiocho de octubre el espectro se había aparecido con unas dimensiones colosales que habían dejado con la boca abierta a más de uno. No solo eso, además se vio un reflejo luminoso totalmente deslumbrante que dificultaba mantener la mirada hacia él. Si lo hacías, si clavabas tus ojos directamente, tardabas varios minutos en poder volver a ver con normalidad, pues alteraba de tal manera los fotorreceptores de la retina que esta se veía alterada de modo evidente y necesitaba recuperarse.

Aquella imagen que nadie pudo realmente ver con claridad recordaba a la de un ángel de la muerte, con grandes alas, esbelto y alargado, con brazos interminables y manos huesudas de dedos como alambres.

¿Qué reflejaba el espectro aquella jornada? Si tal y como defendían la ciencia y la lógica la formación de esa visión respondía a un ser que se situaba entre la niebla y la luz solar, ¿quién tenía esa forma? ¿A qué respondía esa imagen estremecedora? ¿Había algo o alguien allá arriba en las montañas a quien temer?

La gente que visitaba la zona parecía disfrutar con aquello, sin detenerse a pensar en su significado y las posibles implicaciones que esa imagen terrorífica podría traer. Lo consideraban una parte más del espectáculo en el que se sumergían con entusiasmo. Al fin y al cabo, estaban por allí para disfrutar y pasarlo bien. Algunos hasta tenían la teoría de que sería alguna clase de efectos especiales de la organización de todas las actividades y eventos programadas para esa última semana. De hecho, aplaudían la calidad y el realismo que desprendía dicha aparición.

Algunos manejaban la hipótesis de que, en el desfile de la noche de los muertos, aquel espectro se transformaría en un *animatronic* gigante que pasearía por las calles del pueblo amenizando la fiesta. Se extendió tanto el rumor, que incluso muchos se planteaban ir a verlo aunque no contaran con alojamiento para aquella noche.

—Hay que reconocer que el *marketing* es absolutamente impresionante —comentaba con admiración un joven de menos de treinta años vestido de esqueleto a uno de sus amigos, poco

tiempo antes de perder su vida en extrañas circunstancias.

—¡Ni qué lo digas, tío! Jamás había presenciado algo igual. Mira que hemos recorrido parques temáticos estos últimos años, pero nunca vi una ambientación como la de este sitio —aseguraba su colega, del cual solo se encontraría días después el tronco, pero no las piernas. Uno de sus preciosos ojos verdes quedaría colgando del nervio óptico por fuera de la cuenca. La piel de la cara estaría hecha jirones poco tiempo después.

Mientras bebían un ponche especial de calabaza que preparaban en el hotel sentados en la terraza, no alcanzaban siquiera a sospechar que sus días se agotaban como cae los granos de un reloj de arena hasta extinguirse en uno de sus lados.

Aquella tarde, a pesar de que todavía quedaban tres días para la tan ansiada noche de Halloween, una caravana de vehículos se dirigían hacia Black Water Town. El problema era que, debido a un error informático, se habían reservado más habitaciones de las disponibles en el hotel. A eso había que sumar todos los que pensaban presentarse por allí sin tener reserva alguna.

Los disturbios no tardarían en producirse en aquel promontorio maldito.



La Antigua mina





Hacía ya muchos años que ya nadie se acordaba de la vieja mina. Era lógico, puesto que casi un siglo antes se produjo el gran derrumbe que acabaría con la vida de prácticamente todos los mineros que trabajaban allí. Una desgracia como no se había producido nunca.

Hasta ahora.

A comienzos del siglo XX, se produjo un gran revuelo en la zona debido a aquel desastre. Black Water Town estaba por entonces en pleno proceso de crecimiento, ya que la mina era muy productiva y cada vez más familias se trasladaban hasta allí en busca de un porvenir lejos del hambre. De hecho, salvo en la actualidad y en la época en la que vivió Lord Carpenter, aquella localidad perdida entre montañas nunca había tenido mayor número de habitantes.

La noticia corrió como la pólvora y la conmoción que trajo consigo era difícil de narrar. Durante varios días, gentes de todos los pueblos cercanos se trasladaron hasta allí para tratar de rescatar a los pobres mineros. Las esposas y los niños se arremolinaban a su alrededor esperando tener noticias de sus maridos y padres respectivamente.

Los medios eran rudimentarios, pero todo el que tenía alguna idea, no dudaba en aportarla para intentar aligerar el trabajo y retirar todas las rocas que habían caído. El número de implicados en el intento de rescate fue escandaloso para la época. Otra cosa fueron los resultados logrados. Por desgracia, no consiguieron sacar a ninguno con vida. Los únicos supervivientes fueron los que ese día no acudieron a trabajar por uno u otro motivo.

Algunos aseguraban oír las voces de los mineros atrapados pidiendo auxilio, a pesar de que era prácticamente imposible que eso fuera así. Habían transcurrido casi quince días desde el derrumbe y parecía lo más lógico pensar que todos habrían perecido, aunque solo fuera porque el oxígeno se les tendría que haber agotado ya en las entrañas de la montaña.

No obstante, la esperanza es lo último que se pierde.

Todavía continuaron otra quincena con los labores de rescate, aunque con similares resultados. La frustración no paraba de crecer y los lamentos de las que ya se consideraban las viudas y los huérfanos se escuchaban por todos los rincones.

Cuando ya parecía haberse perdido toda esperanza sucedió un hecho inexplicable. Después de abandonada ya la operación de salvamento en la que tantos hombres y mujeres estuvieron implicados, pasados ya cuarenta días desde el fatídico suceso, Phineas Williams regresó a su hogar por su propio pie como si nada hubiese sucedido, salvo por el polvo negro que le recubría de pies a cabeza.

Y por algo más a lo que costaba ponerle palabras.

Aquel hombre jamás volvió a ser el mismo. Perdió el habla en el accidente y sus ojos nunca más parecieron los de aquel joven vivaracho y audaz, pues su mirada se quedó permanentemente perdida en el horizonte.

Su mujer y sus hijos le contemplaban con temor, expectantes ante cualquiera de sus reacciones. Llevaba a cabo las tareas cotidianas como un autómata, sin pronunciar palabra ni expresar la menor emoción, como si su alma se hubiera quedado atrapada en el interior de la vieja mina. Y así continuó hasta que el uno de noviembre de ese año amaneció muerto en su cama sin mudar lo más mínimo su expresión.

Sus ojos seguían mirando a un lugar más allá de este mundo.

Solo hasta que el galeno certificó que efectivamente aquel hombre ya no respiraba, nadie

parecía seguro de que no fuera a levantarse de la cama en cualquier momento para llevar a cabo las rutinas de cada día. Mucho se habló en el pueblo sobre ello, pues a la conmoción de los fallecimientos producidos en el derrumbe, se le unió este hecho insólito y el que seguía produciéndose en las inmediaciones del desastre, donde muchos continuaban asegurando que oían voces pidiendo auxilio.

Cuando les confirmaron la noticia de la defunción de Phineas Williams, la familia respiró. Decían que habían tenido la sensación durante aquellos meses de haber estado conviviendo con un muerto viviente.

—Su alma se quedó entre los cascotes de la mina —declaraba apesadumbrada Valentine, su amada esposa.

Aun así, durante un tiempo, todavía mantuvo el temor de que su marido pudiera salir de la tumba y presentarse en su casa en cualquier momento. Al fin y al cabo, ya lo había hecho una vez, saliendo de las profundidades de la montaña a pesar de que no encontraron resquicio alguno que justificara ese hecho. ¿Por dónde logró salir? Ni él lo contó ni nadie consiguió desvelar el misterio.

Hasta que no fueron muriendo todos los habitantes de Black Water Town que presenciaron aquellos hechos, se seguía creyendo que en los alrededores de la vieja mina se oían los lamentos de los mineros sepultados allí. Algunos trataban de convencerse de que no era más que el silbido del viento jugando con sus susceptibles mentes. Era la forma que tenían de mantener la cordura.

El misterio de la vieja mina quedó enterrado con el paso de los lustros y se convirtió en una leyenda más de la zona.

Hasta ese año.



Capítulo 11



Llegó el veintinueve de octubre y con él un nuevo desplome de las temperaturas. A los cuervos no parecía importarles ese frío helador que dominaba el ambiente ya que, lejos de huir hacia lugares más cálidos, atrajeron la presencia de más compañeros.

Aquel día, varios eran los árboles que lucían como nuevos huéspedes sobre sus ramas a un buen número de esos pájaros de plumaje negro y brillante. Todos parecían mirar hacia el mismo lugar, como si algo en la distancia captara poderosamente su atención, de forma casi hipnótica.

Aquel día el sol no se atrevió a salir. La niebla era la más densa de las últimas jornadas. No hubo ni rastro del espectro. Daba la impresión de que se estaba tomando un descanso. Quizá una jornada de reflexión.

Ese martes de finales de octubre el hastío era patente a simple vista. Algunos vecinos incluso se atrevían a lanzar más de un exabrupto cuando se cruzaban con alguno de los turistas por las calles.

—Volved a la ciudad. ¡No se os ha perdido nada aquí! Solo sois una panda de borregos —dijo malhumorado Joseph agitando su bastón en el aire cuando se cruzó con una panda de jóvenes que salían del bar de Margaret y que, por el atuendo deportivo que llevaban, tenían pinta de estar a punto de iniciar una excursión por la montaña.

Los chicos al principio se quedaron sin palabras, sorprendidos por la reacción de aquel hombre sin haberles dado pie a ello. Entonces uno de ellos respondió de la peor manera.

—¡Cállate, viejo! Y da gracias de que le demos un poco de vida a este pueblucho de mala muerte.

—Pero será ingrato y maleducado el crío este —contestó, alzando nuevamente el bastón y con ánimo de atizarle con él.

Por suerte, Selene pasaba en aquel momento cerca de allí y corrió hasta donde estaban para intentar parar aquello que podía acabar de un modo nefasto.

—¡Joseph, para! No les hagas caso —le aconsejó, agarrando con cariño al anciano—. En cuatro días como máximo toda esta gente se irá. Solo hay que tener un poco más de paciencia.

—No le hemos hecho ni dicho nada, que quede claro —se defendió uno de los jóvenes—. Ha sido él quien nos ha insultado cuando hemos pasado a su lado. Y nos ha amenazado con la garrota, además.

El chico que increpó Joseph, le observó ahora con inquina y rabia. El hombre mayor le devolvió la mirada con algo oscuro en ella que hizo que el joven se replegara y diera un paso

atrás.

Sería una de las últimas cosas que haría en su vida.

Estaba se agotaba más deprisa de lo que imaginaba.



Capítulo 12



A Selene, la artesana, le costó varios minutos tranquilizar a Joseph Stacks. En cualquier caso, no detuvo la determinación que tenía en ese momento de ir a hablar con el alcalde y hacerle saber lo que pensaba al respecto de todo lo que estaba sucediendo. No era la primera vez ese mes que se acercaba hasta el ayuntamiento y dejaba constancia de su malestar, pero ese día no pensaba salir de allí sin entrevistarse con Jeff Mirader, quien le había evitado hasta el momento.

El alcalde estaba inquieto. Lo último que necesitaba en aquel instante era enfrentarse al siempre insistente Joseph. Aquel viejo era duro de mollera y era famoso por ello en el pueblo. Sin embargo, todo apuntaba a que ese día no iba a poder librarse de él. Escuchaba el jaleo de mil demonios que estaba montando en la planta baja del consistorio.

—¡Maldita sea! Con lo que tengo ya encima y ahora me toca aguantar a este muermo.

Se estaba refiriendo a las dos muertes de las que tenía constancia. Por un lado, la de aquel borracho que cayó desde el balcón del hotel Altavista el doce de octubre. Por otro, la de aquel montañero que, supuestamente, se había caído por el precipicio al intentar hacer una foto del espectro. Ese tipo de noticias no traían nada bueno consigo. Por si fuera poco, acababan de decirle que habían encontrado su móvil y el jefe de policía local, Gerard Tempelton, quería echarle un vistazo a la galería de imágenes para saber si aquello era verdad o podría haber pasado otra cosa. Solo le faltaba que estuviera insinuando que alguien le había empujado.

Gerard tenía tendencia a ser un poco peliculero. Por eso el alcalde no quería darle mucho margen, porque en menos que canta un gallo, era capaz de montar una conspiración y decir que había un asesino detrás de aquellos lamentables accidentes. Eso era lo que le quedaba por ver: un homicida en Black Water Town.

Aparte de ello, estaba el tema de los altercados, los destrozos y las quejas de los vecinos que no cesaban de crecer. Por mucho que le gustase el dinero, empezaba a pensar que la idea de Rupert Cook de montar todo este tinglado no merecía la pena. Sentía que ese tema le estaba robando un poco de vida cada día. Si seguía así, no iba a tener tiempo de disfrutar del dinero a mansalva que iban a ganar.

—Ya creía que otra vez me estabas dando largas, Jeff —dijo enfurecido el vecino en cuanto accedió al despacho de Mirader.

—Nunca se me ocurriría hacerle tal cosa al vecino más venerado de Black Water Town —dijo con toda la ironía que pudo reunir.

El anciano soltó un gruñido.

—¿Vas a decirme qué te ha traído hasta aquí? ¿Qué es tan urgente que no puede esperar? Sácame de mis desvelos, por favor.

—No te pases, Jeff. Que seas el alcalde no te da derecho a tratarme como un idiota. Puede que haya perdido algunas facultades, pero te aseguro que todavía tengo la cabeza en su sitio.

El interpelado levantó las palmas de las manos en señal de rendición.

—Cuéntame, por favor.

—Tienes que hacer algo para detener este sinsentido. Acaban de insultarme una panda de niñatos en mitad de la calle. —Estaba contando una verdad a medias, pero desde luego para él era su verdad—. No tengo por qué soportar ese tipo de situaciones en mi pueblo. Aquí somos todos pacíficos. Demasiado, empiezo a pensar. Si fuéramos más combativos, seguro que habríamos parado esto hace tiempo. Si tú no haces nada, no sé lo que puede pasar. Solo tienes que ver las trifulcas que hay cada dos por tres.

—Por favor, Joseph, solo quedan un par de días más. Tengamos la fiesta en paz. Sabes que muchas familias se están beneficiando del turismo. No seas egoísta.

—Yo no lo veo así. Que algunos quieran enriquecerse no debería ser a costa de nuestra tranquilidad. Insisto en que pares esto o te atengas a las consecuencias.

—¿Me estás amenazando?

—No, no me hace falta. Las señales están ahí. Lo sabes igual que yo. Conoces esta tierra. Sabes de sobra lo que hay en el ambiente. No estamos solos aquí. Si enfadamos a las ánimas o al Señor de las Montañas, cualquier cosa puede pasar.

El alcalde se quedó con la boca abierta. Sí, conocía la leyenda y todas las historietas que circulaban acerca de las presencias en aquella localización geográfica concreta. Pero, al fin y al cabo, no era más que eso: una leyenda, no un tratado científico.

—Ya, te entiendo. O puede que Lord Carpenter se levante de la tumba y mate a todos los que se crucen en su camino —bromeó el intendente.

—Muy bien. Veo que no vas a hacer caso. Eres tan tozudo como Peter. Te he avisado. Espero que no tengas que arrepentirte.

Cuando el anciano salió de su despacho, Jeff Mirader se dejó caer en su butacón desplomado. Estaba deseando como el que más que llegase noviembre y se marchasen todos los turistas. Anhelaba recuperar la tranquilidad y su anodina vida.

Por su parte, Joseph salió del Ayuntamiento airado y más enfadado de lo que había entrado.

—Son todos unos cabezas de chorlito —dijo en voz alta a nadie en particular.

Subió entonces hasta su casa. La cuesta empinada que llegaba hasta su hogar le robó el aliento en más de una ocasión. Cuando se detuvo a coger aire por un segundo y miró hacia arriba, le pareció que la puerta del garaje en la que guardaba su viejo y amado Buick estaba algo abierta.

—Pero, ¿qué…?

Estaba seguro de que, antes de salir de casa, esta se encontraba absolutamente cerrada. De hecho, era una certeza absoluta, no porque la hubiera cerrado justo aquel día, sino porque llevaba candada hacía mucho tiempo ya.

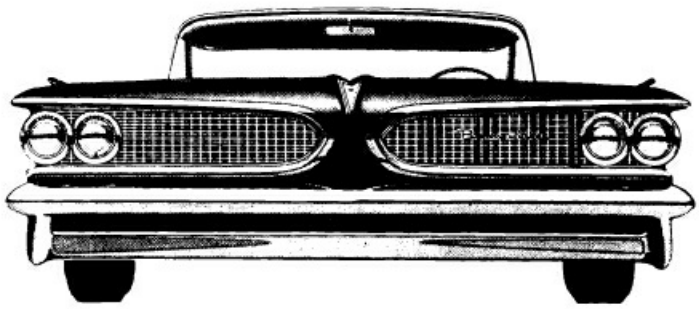
—Malditos críos —dijo, dando por hecho que habrían sido los jóvenes con los que se cruzó en la calle y con quienes protagonizó aquel breve altercado.

No obstante, estos no tenían forma de saber dónde residía, así que sus conjeturas no tenían fundamento alguno.

Se dirigió al garaje. Cuando llegó, la puerta abierta no fue lo único extraño que encontró.



El coche 



El viejo Buick de Joseph Stacks descansaba en el garaje como era habitual desde hacía muchos años. Fue un capricho que compró cuando todavía era un chaval, ya que se había gastado todos sus ahorros para adquirir aquel emblemático modelo del setenta y seis. Los cromados que lucía en el parachoques y las manillas relucientes de las puertas, le daban el aspecto de automóvil exclusivo solo al alcance de unos pocos privilegiados.

La por entonces novia de Joseph Stacks, ahora su difunta esposa, se llevó el disgusto de su vida cuando se enteró. Ella estaba convencida que su querido Joseph estaba ahorrando para llevarla al altar. Era evidente que aquel coche traía con él un retraso en sus planes, pues se llevó hasta el último dólar por delante.

Mucho le costó perdonarlo y olvidarse de aquello. En realidad, el resquemor parecía seguir ahí como una mosca molesta que no te deja tranquilo. Tal era así que, incluso cuando ya llevaban muchos años de casados, no dudaba en sacar el tema a relucir, pues era una espina clavada que no terminaba de arrancarse.

—Ese endemoniado coche nos va a llevar a la ruina —le decía cada vez que tenía una avería o era necesario llevarlo al mecánico por cualquier motivo.

Y no le faltaba razón en eso de endemoniado.

Ese automóvil parecía tener vida propia.

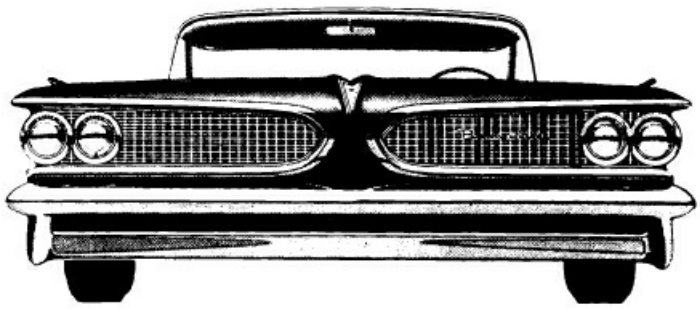
El Buick llevaba demasiado tiempo en el dique seco, puesto que el señor Stacks casi no se atrevía ya a conducir. No se fiaba demasiado de sus habilidades al volante debido a su avanzada edad y, aunque la mayor parte del año no había demasiados transeúntes, no le apetecía tener ningún disgusto.

La capa de polvo que acumulaba era más que evidente. Atrás quedó la época en la que Joseph lo lavaba de forma semanal sin excepción. Era una rutina que disfrutaba, en especial cuando contemplaba el resultado. Estaba siempre reluciente, pues lo limpiaba con verdadera entrega, dedicando horas a aquella tarea. Aunque seguía siendo un coche llamativo, quizá por su condición de clásico del siglo XX, había perdido el brillo que solía lucir en otros tiempos.

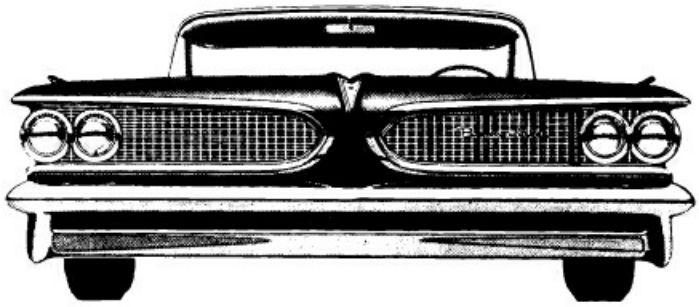
Por otra parte, tampoco lo necesitaba para trasladarse por el pueblo, pues todavía podía llegar sin problema a cualquier sitio caminando. Puede que lo hiciera más despacio que antes, pero tampoco tenía la menor prisa. Y si aquellos eran pocos motivos, había uno más, tal vez el de más peso. Debido a que la casa de Joseph Stacks y su garaje se encontraban en una cuesta empinada, este temía que no pudiera controlar bien los frenos y el viejo automóvil se lanzara cuesta abajo sin control.

Y eso fue justo lo que sucedió.

El problema era que nadie estaba al volante.



Capítulo 13



El puñetero coche estaba arrancado. Podía oírlo a la perfección según se acercaba hasta el garaje. No daba crédito. Estaba convencido de que las llaves no estaban en el interior del vehículo.

Jamás las dejaba allí.

Era cierto que en Black Water Town los delitos prácticamente eran inexistentes, pero él era desconfiado por naturaleza y, aunque no siempre echaba el cerrojo, tampoco dejaba las puertas abiertas de par en par tal y como hacían otros vecinos suyos.

Se planteó llamar a la policía por si algún intruso se encontrase en el interior. Debido a que la puerta del garaje no estaba totalmente abierta, no podía ver bien el interior. De lo que sí estaba seguro era de que los faros estaban encendidos.

Era absolutamente inexplicable.

El anciano no daba crédito.

Ni siquiera imaginaba que el viejo Buick arrancase.

Finalmente, armado con su garrota, se decidió a entrar. Pobre de quién estuviera dentro porque se iba a llevar una buena tunda de palos. Levantó el portón de la cochera hasta arriba y entró. Entonces abrió la puerta del lado del conductor del Buick.

Se quedó sin habla.

No estaban las llaves en el contacto.

Barajó la posibilidad de estar teniendo una alucinación.

Entonces, sin explicación ni motivo, el coche se apagó.

—Pero, ¿qué demonios? —preguntó Joseph al aire, absolutamente desconcertado.

Le vinieron a la cabeza las palabras de su difunta mujer, acerca del endemoniado coche, aunque nunca lo dijo realmente con esa intención. Pero, ¿y si tenía razón? ¿Y si ese coche estaba poseído?

—Definitivamente estoy perdiendo la cabeza si llego siquiera a considerar esa posibilidad.

Abrió el capó y confió en que el frío que entraba de la calle le bajase la temperatura de forma rápida. Su intención era desconectar la batería, la cual habría jurado que estaba muerta, para evitar que volviera a suceder algo semejante a lo acontecido aquel día.

Una vez finalizada la maniobra, cerró el garaje y se aseguró de que el cerrojo quedase bien puesto. No podía permitirse que se repitiera aquel incidente para el que no era capaz de encontrar una explicación lógica.

Entró en la casa con una sensación rara.

¿Y si realmente tenía razón cuando le dijo al alcalde que algunas fuerzas del más allá estaban

despertando?



Capítulo 14



Llegó el miércoles treinta de octubre con las ramas de los árboles pobladas de cuervos. Ya no eran solo los de la plaza, sino que se veían por todas partes. Daba la sensación de que se multiplicaban por momentos, porque cada poco tiempo se veían más y más. Permanecían impertérritos a pesar de la estrepitosa caída de las temperaturas que vaticinaba que la nieve haría acto de presencia incluso antes de que llegase noviembre. Cualquiera diría que estaban ahí esperando algún acontecimiento en concreto.

Los presentes en Black Water Town no tardarían en averiguarlo.

—Nunca había visto nada igual —confesó Rose, la mujer de Peter—. Nací aquí y he pasado toda mi vida entre estas montañas y os aseguro que yo no recuerdo haber visto esto jamás.

Todas aquellas aves sobre las ramas de los árboles recordaban a la famosa película de Alfred Hitchcock, lo que hacía estremecerse a cualquiera que los mirase.

Se había cruzado con Mary y Luke, una pareja que no tenía hijos y que vivía en una casa muy próxima a la suya. Solían tener buena relación con ellos. Incluso en algunas ocasiones cenaban juntos. Los hijos de Peter y de Rose ya eran adolescentes y se podían permitir el lujo de dejarlos solos en casa de vez en cuando, aunque con cautela. Dos adolescentes, al fin y al cabo, son dos adolescentes y la pueden liar muy gorda en un rato.

—Eso mismo he pensado yo cuando los he visto. ¡Qué imagen tan siniestra! —exclamó. Sus palabras le produjeron un escalofrío a su mujer.

—¿Qué te pasa, Mary? —se preocupó Rose.

Ella negó con la cabeza. Estaba extrañamente callada.

—No sé qué le pasa desde anoche. Solo me ha dicho que vio algo espeluznante antes de que yo llegara. Apenas ha dormido hoy. Dice que el fin se acerca. Yo creo que está sugestionada, nada más. Espero que se le pase pronto.

—Tú no me crees, Luke. Por eso no quiero decir nada más —se defendió con voz débil.

A Rose eso le sorprendió. Mary en absoluto era una mujer frágil, que es lo que parecía en ese momento.

—¿Por qué no me lo cuentas? —la invitó su vecina. Lo decía porque realmente tenía interés en escucharla. Al contrario que su marido, ella sí creía muchas de las leyendas que circulaban sobre su pueblo. No iba a negar que estaba encantada con los beneficios que todo ese ajetreo de la noche de los muertos les estaba trayendo a la tienda de su esposo, pero no estaba tranquila con todos los incidentes que estaban sucediendo en los últimos treinta días.

—Ayer vi al espectro.

Su marido resopló.

—Si no quieres escucharlo, Luke, te puedes marchar.

El hombre no hizo ni el menor amago de moverse.

—Cuéntamelo —insistió Rose. En realidad, no le sorprendía que viese al espectro. Eso era habitual. Pero la forma cómo lo había dicho… Buff, algo debió asustarla de verdad.

—Era diferente. No solo porque era más grande, inmenso, como jamás lo había visto, sino

porque estoy segura de que se movía y avanzaba hacia el pueblo. Juraría, además, que tenía unas alas gigantes.

—El ángel de la muerte —teorizó Rose.

—No lo sé, pero podría serlo perfectamente. Tenía unos brazos larguísimos y huesudos. Sus manos eran como alambres. Rose, tienes que creerme, era terrorífico verlo. Además, sus ojos eran de un rojo sangre.

—¡Por el amor de dios, Mary! ¿No te das cuenta de que todo eso es fruto de la sugestión de todos estos días? Tú siempre has tenido debilidad por la fiesta de Halloween y ahora ves cosas donde no las hay —porfió su marido.

—Sé lo que vi, Luke. ¡No me lo invento! —gritó la interpelada con una absoluta convicción.

Rose estaba petrificada. Ella sí creía a su vecina. Lo de los cuervos era un hecho insólito y también se había fijado en el espectro los últimos días. La mujer del tendero también tuvo una sensación extraña al contemplarlo unos días atrás. Como Mary, ella tuvo la impresión de que se movía.

—He oído decir que los aullidos que suelen escucharse en las proximidades del cementerio de mascotas han sido más intensos en las últimas noches.

—Por favor, Rose, no le metas más pájaros en la cabeza a mi mujer. Te aseguro que así no le ayudas.

—¡Cierra el pico, Luke! Está pasando algo y negarlo no va a ayudar a resolverlo.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Se te ocurre alguna idea brillante?

—Podríamos hablar con el párroco.

—Lo que me faltaba por oír. Sabéis tan bien como yo que Harold perdió la cabeza hace mucho tiempo. ¿Qué creéis que va a hacer, un exorcismo?

—No lo sé. Lo cierto es que no tengo ni la menor idea.



El viejo caserón





Lord Carpenter fue un terrateniente afincado en Black Water Town a varios siglos atrás. Desterrado por motivos políticos desde su Inglaterra natal, recibió unas tierras en aquella localidad entre montañas como compensación. A pesar de que aquel lugar daba la impresión de estar perdido en ninguna parte, lo cierto era que le ofreció mejores oportunidades de las que nunca hubiera imaginado.

Sus gentes eran acogedoras y amables, por lo que su mujer y sus hijos, así como los criados, no tardaron en hacerse al lugar. No así Lord Carpenter, que guardaba un resquemor dentro de sí que no podía ni sabía esconder. En lugar de sentirse agradecido y disfrutar de la suerte de una segunda oportunidad, parecía estar focalizado en hacer sufrir a otros.

De rostro adusto y afilado, su nariz aguileña y sus ojos pequeños y juntos le proporcionaban un aspecto feroz, muy alejado del joven atractivo de buen carácter con el que un día se vio obligada a casarse la actual señora Carpenter. Apenas podía reconocer en su actual marido a aquel chico que, a pesar de todo, logró cautivarla.

La mansión que un día habitaron era conocida en la actualidad como el viejo caserón. Su aspecto decrépito y abandonado ponía a prueba el valor del más valiente. Hacía mucho tiempo que nadie se atrevía a poner un pie allí. No solo era por temas de seguridad, pues daba la impresión que podría venirse totalmente abajo en cualquier momento, sino porque los ruidos que hacían las estructuras de la antigua mansión recordaban a quejidos que parecían proceder de ultratumba. Por todo aquello, los vecinos de Black Water Town ni se les ocurría asomar la cabeza por allí.

Hasta ahora.

El exceso de ambición de unos y otros provocó que se organizase una actividad muy exclusiva que se celebraría el próximo treinta y uno de octubre en el interior de aquel lugar en ruinas.

Junto a construcción principal, el cementerio de mascotas se convertiría en otra de las grandes atracciones de la noche, algo que disgustó enormemente a los habitantes de Black Water Town que habían dado sepultura allí a alguno de sus amados peludos y querían por encima de todo que se respetase el descanso de sus queridos animales.

Nadie sabía que bajo el viejo caserón se escondía el mal en sus cimientos. A pesar de conocer la historia, o quizá leyenda, acerca del asesinato de toda su familia y de los criados, incluida el ama de llaves, a manos del dueño de la mansión después de ser mordido por su perro, la mayor parte ni sospechaban lo que podría ocurrir en aquel lugar.

Algo estaba despertando.

Algo en la tierra bajo los escombros había comenzado a agitarse.

Algo muy grave estaba a punto de suceder.



Capítulo 15



El reloj marcaba las cero punto cero. Ya era treinta y uno de octubre. En el hotel los que estaban de fiesta lo celebraban casi como si fuera la nochevieja, a pesar de que sabían que los actos culminantes de aquella festividad de los muertos darían comienzo al caer el sol.

Entre el entrechocar de copas y los brindis, acababan de dar el pistoletazo de salida a veinticuatro horas verdaderamente terroríficas. Había un nutrido grupo de personas que no tenían habitación, pero después del oportuno alboroto, habían cedido al deseo de pasarlo bien. Ya dormirían en cualquiera de los mullidos sofás que decoraban el hotel cuando el cuerpo ya no aguantase más.

Pocas horas antes del todavía miércoles día treinta del mismo mes, el jefe de policía y sus ayudantes continuaban afanados en desbloquear y abrir el teléfono del montañero que se despeñó el pasado veintiuno de octubre en las inmediaciones del hotel.

Suponían que, debido a que la teoría era que aquel hombre se cayó tratando de hacer una foto del espectro, tal vez había captado el momento en el que sucedió y podrían saber si se resbaló, por ejemplo, con algunas piedras que estuvieran desprendidas o si, por el contrario, se debía a una imprudencia. Podía no parecer relevante. Al fin y al cabo, nada le iba a devolver a la vida. Sin embargo, sí era importante para determinar si la familia se debía hacer cargo de los gastos del rescate debido a una conducta arriesgada o solo había sido causa de un desgraciado accidente.

La explicación que encontrarían no sería ni una ni otra.

—Parece que grabó también un vídeo —dijo Truman, el policía más joven de la oficina, el cual tan solo llevaba unos meses trabajando. Estaba casi seguro de que, al menos, uno de los archivos era una grabación. Eso podría ser aclaratorio.

La pantalla del móvil, como era de esperar estaba hecha añicos, por lo que era prácticamente imposible ver nada con la mínima claridad. Debido a ese motivo, estaban descargando las imágenes en un ordenador desde el que esperaban poder revisarlas sin inconveniente.

Aún no lo había expresado en voz alta, pero viendo las miniaturas de las últimas imágenes que ya aparecían en la galería y que iban poco a poco cargándose en el dispositivo de sobremesa, le dio la sensación de que eran un tanto singulares. Por otro lado, daba la impresión de que el fallecido hizo varias ráfagas justo antes de caer, por lo que todo indicaba que habría un reportaje detallado de su camino hacia el fondo del desfiladero.

Un estremecimiento le recorrió la espalda.

No quería ni imaginarse cómo sería vivir algo así.

Solo esperaba que ninguna fotografía reflejara el momento exacto en el que se estrellaba contra el suelo y mucho menos que se distinguiera su cara en ese fatídico instante. Después de haber visto el estado en el que había quedado el muerto, estaba seguro de que aquello podría causarle pesadillas.

Y no le faltaba razón.



Capítulo 16



Tal y como vaticinó, aquella noche las pesadillas le impidieron dormir. Suponía que a él y a todos sus compañeros. Al menos, a aquellos que estuvieron horas antes visualizando las terroríficas imágenes que aquel móvil había grabado.

Ninguno estaba preparado para lo que vieron.

—Seguro que existe alguna explicación lógica —señaló Smith, otro de los agentes que se quedó hasta la medianoche revisando la información de aquel móvil.

—¿Qué explicación lógica puede tener esta aberración? ¿Me lo puedes explicar? —preguntó casi en *shock* el jefe de policía. Se le notaba el extremo nerviosismo en la voz. Nadie podría echárselo en cara, pues no era para menos.

—Igual se velaron. Eso pasa a veces, ¿no? —trató de justificar Smith.

Truman seguía callado. Intentaba procesar lo que acababa de ver en la pantalla. No solo era la cara de absoluto terror del montañero, en uno de los momentos que la cámara del *smartphone* apuntó hacia él, sino por aquella… cosa.

No se atrevía a ponerle palabras a aquel espanto.

Si no conocieran los hechos en los que había acontecido aquello, seguramente pensarían que se trataba de un burdo montaje.

Pero no lo era.

Por desgracia.

—¿Alguna teoría? —preguntó nuevamente el jefe.

Ninguno se atrevió a hablar en primera instancia.

—Vale, lo haré yo. Me da igual lo que penséis de mí. O lo que penséis en general. En el pueblo cada vez hay más escépticos acerca de las leyendas que rodean a nuestro pueblo, pero yo sí creo en ellas. Y desde luego me parece que estas fotografías y el vídeo demuestran que tengo motivos para hacerlo.

Los miró, analizando su expresión. Los dos agentes que estaban con él —solo había otros dos más en la estación de policía, puesto que era lo que correspondía al número de habitantes censados en la localidad— tenían cara de pasmo. No sabían qué pensar. La verdad es que costaba no creer después de ver aquello.

—Creo que nos enfrentamos a fuerzas que vienen de otro mundo. Eso que hemos visto no puede ser de este.

Los dos policías asintieron. Estaban de acuerdo.

En las imágenes parecía que algo intangible se abalanzaba sobre el objetivo. Smith tenía razón en cierto sentido cuando decía que era como si se hubiesen velado las imágenes, algo que le sucedía con cierta frecuencia a los carretes de las viejas cámaras analógicas.

Parecía un ente fantasmagórico de amplias fauces y dientes largos y afilados. Sin embargo, nadie vio nada más que aquel desafortunado montañero que posiblemente cayó por efecto del susto que le produjo lo que vio en su móvil.

En la primera imagen, se le veía haciéndose un *selfie* en el que ponía una mueca extraña, como si estuviera viendo algo que no le encajaba en aquel momento. Después, las siguientes instantáneas enfocaban hacia el otro lado del abismo que se abría bajo sus pies, como si intentara captar aquello que se veía difuminado tras él en la primera de todas. En cada una de aquellas fotografías, se veía como algo se acercaba más y más hasta su posición.

La expresión feroz y ese lugar en el que debían estar algo similar a la cuenca de los ojos se encontraba absolutamente vacío. Una negrura insondable ocupaba su interior.

Después de ver las imágenes, apenas les quedaron fuerzas para atreverse con el vídeo. ¿Qué habría captado? ¿Qué terrible verdad escondería?

—Bueno, creo que hay que echarle un par de huevos —dijo el jefe, ejerciendo como tal.

Los otros dos asintieron.

Truman le dio al play.



EL DESPERTAR





Medianoche del treinta y uno de octubre.
Algo empieza a despertar.
El mal comienza a salir de las entrañas de la tierra.
Las ánimas guerreras se ponen en pie.
Se preparan.
El espectro aguarda la llegada del sol para mostrarse en su manto de niebla y para volver a esconderse con él cuando caiga la noche nuevamente.
Los cementerios cobrarán vida.
Se preparan para lo que está por llegar.
Cuando vuelva atardecer, dentro de menos de veinticuatro horas, dominarán esas tierras.
Recuperarán lo que es suyo.
Los perros ladran al unísono desde sus tumbas.
Están hambrientos.
Sedientos de sangre.
La tierra removida en torno a las sepulturas anuncia lo que está por venir.
El más allá va ganando terreno.
Aprende a traspasar esa frontera invisible que separa lo real de lo inexplicable.
Se acerca.
El velo que sirve de frontera indefinida comienza a caer.
Los espíritus avanzan.
Las fuerzas del caos se acercan.
En la vieja mina, las entrañas de la tierra tiemblan.
Las rocas se agitan.
Retumban.
Viejos cadáveres olvidados comienzan a desperezarse.
Los cuervos que copan los árboles agitan sus alas al unísono.
Se preparan para el banquete.
Se relamen.
Será un festín.
Lo huelen en el ambiente.
El aire trae el hedor de la sangre.
La carnaza está a punto de llegar.
Un viejo y olvidado coche se agita en su garaje.
Su motor arranca.

El demonio lo conduce.
Pero nadie lo ve.
No es perceptible a los ojos.
Al menos, no a los humanos.
Los ejércitos del mal se coordinan y preparan su actuación.
La cuenta atrás ha comenzado.
Es el reino de la noche.
El imperio de la muerte.



Capítulo 17



La mañana del día treinta y uno de octubre llegó movidita. En la oficina de la policía, los agentes y el jefe apenas hablaban. Sus rostros lo hacían por ellos, pues se leía claramente la falta de sueño. Imposible pegar ojo después de lo que habían contemplado la tarde noche anterior.

El horror en estado puro.

Aquel hombre no se tiró por sí mismo.

Aquella vida fue arrebatada por las fuerzas del mal.

Un ángel de la muerte había acudido en su busca.

El vídeo era un fiel testimonio de lo sucedido. Se acercó hasta él, hasta poseerlo. Dijo algo, con una voz gutural, profunda, que provenía de un lugar inalcanzable. Imposible descifrar esas palabras… Si es que lo eran. Era un lenguaje ininteligible, pero el mensaje estaba claro.

«Eres mío. Tu vida me pertenece».

Después el vídeo acompañó al dueño del móvil en su caída hasta sus últimos instantes. Mostraba el rostro del terror, uno que se hacía pedazos en su aterrizaje contra el suelo.

Era devastador.

Apenas habían cruzado palabra desde que llegaron a comisaría, cuando entró un aviso.

Otro joven muerto.

Causas difíciles de explicar.

No tardarían en averiguar lo sucedido.



El grupo de jóvenes que el día anterior tuvieron un encontronazo con Joseph Stacks salieron a dar una vuelta por el pueblo y los alrededores. Querían hacer un poco de senderismo por la mañana y descansar después de comer, para así estar frescos para la fiesta que tendría lugar aquella misma noche la cual prometía ser épica. El programa de actividades, pasajes del terror, desfiles, paseos de leyendas y actuaciones era bien completo y no querrían perderse nada. Querían vivir un Halloween muy real.

Deseo concedido.

Subían por la cuesta que llevaba a la casa del anciano, aunque desconocían que así fuera. Iban con sumo cuidado, puesto que el firme estaba resbaladizo. Las bajas temperaturas provocaron tremendas heladas aquella noche. Por si eso no fuera suficiente, estaban empezando a caer algunos copos de nieve, aunque de forma poco copiosa por el momento.

—Esperemos que no cuaje y tengamos que quedarnos encerrados en el hotel —dijo uno de ellos.

—A mí la nieve no va a pararme ni muerto —dijo el que el día anterior discutió con Stacks.

—Si no es que a ti te pare o no, es que seguro que cancelan varias actividades y yo quiero ir a esa del cementerio de mascotas como sea. Tiene una pinta espeluznante.

Entonces escucharon el zumbido de un motor. Miraron hacia arriba por si bajaba algún coche por esa pendiente, pero no se veía nada. Casi al unísono, giraron sus cabezas hacia la dirección opuesta. Más de lo mismo. La calle estaba desierta.

—Juraría que he escuchado el zumbido de un motor —dijo uno de los amigos.

—Y yo también —contestó otro.

—Será una de esas cosas misteriosas que se oyen en Black Water Town —vaciló otro más medio entre risas.

Justo en ese preciso instante, un poco más adelante y hacia arriba, comenzó a abrirse la puerta de un garaje. Según subía, se hacía presente el haz luminoso de unos faros. El rugido del motor se intensificó. Los chicos miraron con curiosidad y expectación. Sonaba como un coche antiguo.

La portezuela terminó de abrirse. Ante ellos se mostraba un flamante Buick del setenta y seis, con sus relucientes cromados. Sin tener tiempo de reaccionar, el Buick se lanzó a toda velocidad hacia ellos, llevándose por delante a tres de ellos, entre los cuales se encontraba el que insultó al viejo Joseph y el otro que le defendió.

El que se salvó, no daba crédito a la información que le transmitían sus ojos.

Nadie iba al volante.

Aquel vehículo parecía tener voluntad propia.



Capítulo 18



El viejo Joseph no se había percatado de nada. Se encontraba en la parte trasera de la casa, arreglando un pequeño jardín que tenía. Bueno, arreglando no era la palabra correcta, puesto que lo que intentaba hacer era resguardar sus plantas del inminente frío que estaba acechando ya con temperaturas invernales.

Cuando sonó el timbre de la puerta de manera insistente, se extrañó.

—¿Quién demonios viene a estas horas?

Dejó los utensilios que estaba usando a un lado. Se quitó los guantes de jardinería y con un crujido de huesos alto y claro, se enderezó y se puso en marcha. La cara de contrariedad del jefe de policía, Gerard Templeton, le sorprendió cuando abrió la puerta. Desde luego, no tenía buen aspecto.

—Vaya cara traes, Gerard. Cualquiera diría que te ha pasado un tráiler por encima.

No le pudo parecer más desafortunado el comentario.

—Gracias, Joseph. Tú, por el contrario, tienes buen aspecto.

—¿A qué se debe tu visita? No creo que vengas a ponerme una multa por exceso de velocidad ni nada por el estilo. Te aseguro que he aparcado mi carné de conducir. Este viejo ya no tiene los reflejos de antaño y con estas heladas y esta cuesta mortífera, ya no me fío de mí mismo.

Se abstuvo de decirle que poner multas de velocidad no era su cometido. En cualquier caso, en algo había acertado, puesto que venía a hablarle de su coche.

—¿Has estado en casa toda la mañana, Joseph?

—Claro, ¿a dónde iba a ir con este frío? Además, ha empezado a nevar y el suelo está que parece una pista de patinaje. A mí hoy no me sacan de casa ni con agua caliente —comentó Stacks.

—Pues me temo que será mejor que cojas tu abrigo porque necesito que me acompañes ahí fuera.

El hombre le miró extrañado.

—¿Y por qué motivo iba a hacer eso? —preguntó contrariado.

—Porque tu coche acaba de matar a dos jóvenes y va a enviar a otro al hospital mientras se pueda circular por las carreteras.

—¿Acaso te has vuelto loco, Gerard?

—Eso me llevo preguntando desde ayer. Me parece que empiezan a ocurrir cosas muy extrañas en este pueblo.

El viejo, por alguna razón, no puso ninguna objeción adicional. Cogió su abrigo y sus guantes y salió a la calle con su bastón.

Quedó sobrecogido al ver que bajo las ruedas de su viejo Buick sobresalían las extremidades

de dos cuerpos.

—Pero… ¿qué? —preguntó anonadado el hombre mayor—. ¿Quién ha cogido mi coche? Debería haberlo denunciado ayer, porque cuando volví a casa después de visitar al alcalde, me encontré mi puerta del garaje semiabierta y el coche encendido. Y no lo entiendo, porque mi Buick debe llevar sin batería varios años. Ya ni recuerdo la última vez que lo arranqué.

—No pretendas que te ofrezca una explicación ahora mismo. Ni yo mismo comprendo una mierda —dijo con desazón el policía.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que no iba nadie al volante cuando se produjo el atropello.

La mandíbula del anciano se abrió tanto que casi pierde la dentadura postiza.



Capítulo 19



Los cuervos parecían estar celebrando algo. Tenían motivos. El banquete había dado comienzo. Sobre la carretera de la calle donde vivía Joseph Stacks estaban tendidos sus dos primeros platos del día. Sin que nadie se apercibiera, dado que estaban en otros menesteres, una marea negra comenzaba a posarse en el tejado y el alero de la casa del anciano.

El joven que milagrosamente salió ileso del atropello, estaba absolutamente conmocionado. ¿Estaba seguro de lo que había visto? No era plausible. Escapaba de toda lógica. Aquella puerta del garaje se había abierto con lentitud y, acto seguido, aquel coche del diablo salió disparado hacia ellos. Parecía un acto totalmente intencionado. Si no fuera por un detalle insignificante: nadie conducía.

Lo recordaba y no lo creía.

Un automóvil con voluntad propia.

No paraba de repetir en bucle tres palabras.

—No puede ser. No puede ser. No puede ser.

Los agentes de policía que se desplazaron hasta allí, se repetían internamente esa misma frase como una letanía. ¿Cómo era posible que dijera que nadie estuviera al volante? ¿Acaso el chico había perdido la chaveta? Tendrían que hacerle una prueba de alcoholemia y otra de drogas, porque debía estar alucinando.

Sin embargo, lo cierto era que todo indicaba que tenía razón. El vehículo permanecía cerrado, aplastando aquellos dos cuerpos sin vida, con el motor arrancado y, por si fuera poco, nadie apreciaba desde ninguno de los ángulos que habían probado que hubiera llave de contacto alguna que explicara por qué estaba en marcha.

Por lo tanto, todos tomaron precauciones al acercarse y miraban con recelo hacia el vehículo. Nadie se atrevía a ponerse demasiado cerca. ¿Y si hacía alguna otra cosa inexplicable? Después de aquello, podían esperar cualquier cosa.

El viejo Stacks salió de la casa. Una vez conocida la situación, cogió también las llaves de su adorado Buick, aquella reliquia que había estado desde siempre en la familia.

—Mi difunta esposa siempre decía que era un coche endemoniado. Me pregunto si, en el fondo, no tenía la razón —confesó en voz alta, desbordado por aquella estrambótica situación.

Cuando vio el rostro de uno de los cadáveres que yacían bajo el automóvil, se llevó la mano a la boca. Sus cansados ojos debían estar engañándole y jugando con su cordura.

—¡Ay dios mío! —exclamó.

—¿Qué pasa, Joseph? —le preguntó el jefe de policía.

No daba crédito.

No podía ser.

—Estos son los jóvenes que se metieron ayer conmigo. Concretamente este de aquí me insultó —declaró, señalando de forma inequívoca al que se encontraba en peor estado.

Gerard frunció el ceño.

Todo aquello le superaba.

¿Qué demonios estaba sucediendo en ese condenado pueblo?

—¿No creerás que los he asesinado para vengarme? —le preguntó incrédulo el anciano al ver la expresión del oficial.

Este vaciló un segundo. No, claro que no. ¿O acaso tenía alguna forma de controlar de forma remota el Buick? Aquello era una soberana estupidez.

Claro que el hecho de que el coche se moviera sin conductor no era algo mucho más razonable.



Capítulo 20



Las labores de rescate ocuparon gran parte del día. A pesar de que muchos vecinos echaron una mano, les faltaban recursos materiales apropiados para hacer más sencilla aquella ardua tarea. Encima, la climatología no ayudaba en absoluto, puesto que la nieve no cesaba, más bien al contrario, caía más y más, hasta el punto de que ya empezaban a cubrirse de blanco las calles y tejados.

El cielo cada vez se encapotaba más, adelantando la oscuridad que caía acelerada sobre Black Water Town. En el hotel ni siquiera se habían percatado de lo sucedido y seguían con la programación de actividades que tenían para aquel día, la fiesta grande de ese mes de octubre.

El ambiente festivo, por lo tanto, no había decrecido ni un ápice. Prácticamente todos los huéspedes del Altavista se habían disfrazado. Esqueletos, brujas, vampiros y vampiresas, calabazas asesinas, personajes de ficción como Freddy Krueger o Jason de Viernes 13, la máscara de Scream, Miércoles Adams y tantos otros desfilaban arriba y abajo revisando los horarios de las distintas actividades que había programadas. Se notaban las ganas de disfrutar de una gran noche. Además, había un premio en metálico para el mejor disfraz, ¿cómo dejar pasar la ocasión?

Ya bien entrada la tarde, la capa de nieve era bastante espesa. Los servicios médicos de la localidad, bastante exiguos dicho sea de paso, se esperaban todo tipo de accidentes. Estaba claro que iban a verse sobrepasados. Por un lado, la nieve de por sí suele traer caídas y golpes por doquier. Si a eso se le unía elevadas cotas de alcohol en sangre, el desastre estaba garantizado. Sudaban solo con pensar lo que se les venía encima.

Y eso que ni sospechaban la magnitud de lo que estaba a punto de suceder.

Cuando ya la noche extendió su manto de oscuridad por fin, comenzaron a levantarse las criaturas del más allá dispuestas a llevarse varios trofeos consigo. Los cuervos comenzaron a graznar desaforados, tal vez porque su señor había despertado y nadie lo sabía.

Solo una persona lo vio.

Mary, que ya había experimentado aquello que su marido creyó que no era más que una alucinación, vio justo antes de esconderse el sol como el espectro, de un tamaño inmenso, levantaba sus huesudas manos al cielo, como si implorase a alguien. Acto seguido, estaba seguro de haberlo visto caminar en dirección hacia el pueblo. Un coro de aullidos se escuchó a la perfección.

Mary se estremeció de pies a cabeza.

—Esto no me lo estoy imaginando. Esto es muy real.



Capítulo 21



En el cementerio, la tierra que ya comenzara a removerse la noche anterior estaba blanda. A pesar de la nieve caída, esta todavía no se había endurecido. Primero se vio asomar un mano que se abría paso desde las profundidades de la tierra. Después otra y otra más, así hasta que un par de decenas de los ancestros de aquella localidad entre montañas regresaran de algún modo extraño a algo que no se le podía llamar exactamente vida.

En el cementerio de animales, por su parte, mascotas que, en aquel instante, poco tenían que ver con aquel apelativo cariñoso con el que les llamaban sus dueños en vida, salían de las tumbas. Los dientes afilados, las cuencas de los ojos vacías y un pelaje deshilachado y sucio vestía aquellos cuerpos sin carne que estaban hambrientos y que no tenían ninguna intención de regresar al interior de la tierra, sino que deseaban dominar la superficie e imponer el reino del terror entre los humanos.

Capitaneados por el San Bernardo de Lord Carpenter, un nutrido número de ellos empezaron a dirigirse hacia el pueblo. Una procesión terrorífica se encaminaban hacia allí. No obstante, el olfato les decía que donde mejor podrían alimentarse sería en lo alto de aquel promontorio maldito en el que se levantaba el hotel Altavista.

Las ánimas que habitaban el valle se levantaban atendiendo al clamor de su amo, el Señor de las Montañas, invisible a los ojos, salvo cuando la niebla y el sol se congraciaban para reflejar su temible figura.

Esa noche era una muy diferente a las anteriores, porque era una en la que los muertos volvían a la vida y los vivos podrían acabar muertos. Comenzaba una danza peligrosa, un desfile de espíritus en busca de su recompensa, una procesión de huesos y esquirlas.

La nieve, por su parte, continuaba cayendo, cada vez con más intensidad, haciendo impracticable escapar de aquel lugar que, poco a poco, iba convirtiéndose en una ratonera.

La Forgotten Road, esa carretera, sinuosa y llena de peligros habitualmente por sus condiciones naturales, era un tobogán por el que cualquier coche que tratara de salir de allí acabaría en el fondo de un profundo precipicio sin esperanza de salir con vida.

Los cuervos continuaban desplazándose a la ubicación perfecta en la que podrían alimentarse de un mayor número de víctimas. Los árboles que rodeaban el hotel, se cubrían de plumas negras y brillantes. Los ojos color carmesí se avivaban ante el que esperaban fuera un inminente derramamiento de sangre.

Mientras tanto, muchos de los vecinos se congregaron en una sala del ayuntamiento para tratar algunos temas que les preocupaban en vistas del desarrollo de los últimos acontecimientos. Ya se habían producido demasiadas muertes en el último mes en un entorno en el que la cifra habitual de fallecidos era cero.

Lo sucedido con el Buick de Joseph Stacks terminó por desatar todas las alarmas. Aquel hecho inexplicable había sido necesario para despertar las conciencias de los más incrédulos.

Todos los allí reunidos continuaban sin poder creer que aquel coche se hubiera abalanzado sobre aquellos dos jóvenes con la intención de matarles. Eso era algo que sucedía en las novelas o en las películas, pero no en aquella localidad en la que nunca pasaba nada.

—No doy crédito todavía, os lo aseguro —se defendía Joseph, con los ojos todavía desencajados. Tenía la sensación de que era responsable en cierta medida de lo sucedido. Al fin y al cabo, aplastado bajo las ruedas estaba el chico con el que discutió junto a uno de sus amigos.

—No le des más vueltas, hombre. No podías imaginar que algo así pudiera pasar —trató de animarle Selene.

—Todos estamos conmocionados —señaló Rose Hans, la mujer de Peter el tendero. Este por su parte permanecía con la boca callada.

—¿Ahora me crees? —preguntó de pronto Mary, mirando a su marido con furia en los ojos.

—Cállate, mujer —ordenó Luke, su esposo, ya que temía que esta iba a ponerle en evidencia.

—Hace unos días le dije a Luke que había algo temible en el espectro —explicó ahora, hablando para todos—. No era como siempre. Cada día que ha pasado y que se ha acercado a esta maldita noche, ha sido más y más grande. Además, le conté que vi cómo avanzaba hacia el pueblo y, ¿sabéis qué me dijo?

—Mary, es suficiente —imploró ahora Luke.

—Dijo que me estaba volviendo loca y que ni se me ocurriese hablar de ello a nadie. Ahora que se ha ocultado el sol, ya no podemos verlo.

—Claro, porque se esconde en la noche —razonó Peter, sorprendiendo a todos, en especial por el abierto escepticismo que había demostrado en todo momento, en especial desde que octubre dio comienzo y una montaña de dinero empezó a ocupar su caja registradora.

Jeff Mirader, el alcalde, permanecía sumido en un inquietante silencio. Por su parte, los policías también estaban callados, pero simplemente porque esperaban el momento para poder hablar. No obstante, suponían que, en cuanto expusieran lo que ellos habían visto en las fotos de aquel móvil, los vecinos esperarían que ellos propusieran una posible solución a aquel problema de enorme magnitud. Lo cierto era que no tenían ni la menor idea de qué se podía hacer, igual que desconocían qué era lo que se les venía encima.

La voz del alcalde sobresaltó a todos, en especial porque parecía estar pensando en voz alta, como si no se diera cuenta de que estaba delante de un buen número de personas que le escuchaban con total claridad.

—¡Dios santo! El hotel está lleno y el resto de los alojamientos también.

Se llevó las manos a la cara. Quería pensar que estaban exagerando, pero tenía la impresión de que no era así.

Y no le faltaba razón.

Un ejército acababa de levantarse de sus tumbas.



Capítulo 22



En el hotel Altavista, tanto los huéspedes como el personal permanecían ajenos a cualquier tipo de peligro. Los disfraces y máscaras escondían detrás a sus portadores, aunque sin lugar a dudas ninguno se acercaba al realismo que pronto presenciarían y que confundirían con un espectáculo que formaba parte del paquete vacacional que habían contratado.

Nada más lejos de la realidad.

La mayoría estaban terminando de cenar. Los que ya lo habían hecho se acercaban a la sala de baile o se dirigían a la entrada del hotel donde supuestamente se iniciaría en pocos minutos el recorrido fantasmagórico de aquella noche de Halloween por los lugares más terroríficos y legendarios de Black Water Town.

En la sala del ayuntamiento, mientras tanto, el jefe de policía por fin se había armado de valor para compartir con sus vecinos las imágenes que habían encontrado en el teléfono del montañero fallecido.

—Esto es espeluznante —dijo Selene, quien alucinaba con lo que veía. En especial, el vídeo le puso la carne de gallina, al igual que las últimas fotos en las que se veía a la perfección al espectro muy cerca de su víctima. Daba la sensación de que estaba absorbiendo su alma.

—Esto demuestra que yo tengo razón —apuntó Mary—. No me lo imaginé ni tampoco estaba sugestionada. Es muy real. Esto está ocurriendo. El espectro no es solo un efecto óptico. ¡Está vivo!

—Y no parece muy amigable precisamente —añadió Peter.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Jeff Mirader.

Durante unos minutos, cada uno intentó imaginar alguna solución. Nunca antes se habían enfrentado a algo así.

—Quizá nos estamos alarmando en exceso —sugirió Margaret, sin creer verdaderamente lo que decía. Tenía un mal presentimiento, pero no quería perder la esperanza, quería aferrarse a ella mientras pudiera.

En ese momento, habló Joseph con un ímpetu preocupante. Tenía el rostro demudado y los ojos desencajados. La mandíbula parecía movérsele de su sitio con cada palabra que expresaba en voz alta.

—¿Crees que nos estamos alarmando en exceso? ¿Después de lo que ha pasado esta mañana? ¿Después de ver esas fotos en la que el espectro claramente se ha cobrado una vida? ¿Después de ese vídeo? —hizo entonces una breve pausa que resultó incluso dramática—. Te recuerdo que mi maldito coche conducido por el diablo a matado a dos chiquillos hoy mismo a plena luz del día y ha dejado a otro malherido que no tiene pinta de no poder sobrevivir para ver un nuevo amanecer. No quiero imaginarme lo que nos depara esta noche, la cual no ha hecho más que empezar.

—Cada vez estoy más convencido de que el hombre que se cayó por el balcón del hotel no lo hizo por accidente —señaló Truman, uno de los policías, como si estuviera pensando en voz alta. Se rascaba su corta barba rubia que apenas se apreciaba por el tono tan claro del vello.

—¿Os habéis dado cuenta de que, hasta el momento, solo han muerto hombres? —preguntó Peter intrigado. No había caído en la cuenta de ello hasta ese preciso instante. Ninguno lo había hecho.

—¿Qué estás insinuando? —indagó su mujer.

—Puede que sea solo casualidad —apostilló Margaret, que ahora parecía la encargada de poner la dosis de escepticismo siempre necesario.

—Es posible, pero puede que los hombres sean su objetivo principal —defendió Peter su teoría—. Es pronto para poder aseverar nada, soy consciente de ello, pero deberíamos tener este dato en cuenta. Han sido cuatro posibles víctimas de un ente extraño las que han muerto hasta hoy. Y estoy seguro de que compartís conmigo el pálpito de que esta noche promete ser especialmente sangrienta.

Sus palabras causaron un gran efecto en todos. Posiblemente, los presentes ya habían pensado en ello en algún momento, pero escucharlo en voz alta de otro era como constatar un hecho que no se quiere creer que es real.

—Deberíamos hacernos con crucifijos, ajos, balas de plata, estacas… —empezó a enumerar Truman, un amante de la literatura de terror, donde pensaba que se encontrarían todas las respuestas a sus males del momento.

—Peter, en tu tienda debes tener la mayoría de esas cosas, ¿me equivoco? —preguntó el alcalde esperanzado. En ausencia de soluciones realistas, cualquiera parece una buena opción.

—Salvo balas de plata, creo que de lo demás sí tengo.

—Pues no perdamos más tiempo —arengó Gerard Templeton—. Vayamos para allá.

Todos estuvieron de acuerdo y se pusieron inmediatamente en movimiento.

—¡Ah! —exclamó Truman de pronto, logrando que todos se girasen al mismo tiempo—. Y agua bendita. Necesitamos ir a la iglesia.

—Es cierto. Entonces será mejor que nos dividamos en dos grupos —propuso Margaret.

No tenían ni la menor garantía de que aquello funcionase.



Capítulo 23



Tanto Steve Manson, el adinerado prestamista, como Fred Robinson, el ermitaño, se dirigían hacia el hotel Altavista a la misma hora pero desde direcciones opuestas. El primero desde su lujosa mansión y el segundo desde su refugio en la montaña. Los dos compartían un deseo común: arruinarle la fiesta al dueño del hotel Altavista. No obstante, aunque el deseo fuera el mismo, el motivo era diametralmente opuesto. Uno lo hacía movido por el ansia de dinero y el otro con el ánimo de proteger aquel entorno natural que consideraba su hogar y al que veneraba con verdadero amor. La naturaleza debía ser respetada y, quien no lo hiciera, debería pagar por ello de forma cruel.

Cuando Fred Robinson dejó el coche aparcado en la entrada del imponente hotel, se maravilló al observar cuánto había cambiado desde la última vez que estuvo por allí. Nunca había dudado de que el dinero hace milagros y ese era un ejemplo que reforzaba su teoría. Aquel cuchitril de los comienzos poco se parecía a este mastodonte que tenía delante con un pórtico impactante ahora decorado con todos los motivos imaginables relacionados con Halloween. Ni siquiera un parque temático considerado como tal parecía estar a la altura de aquel derroche de animación.

—¡Maldito Rupert! Se va a enterar de lo que es bueno.

Justo cuando iba a entrar por las enormes puertas de cristal, alguien le detuvo. Se trataba de un fornido hombre que se encargaba de la seguridad.

—Disculpe, señor, solo puede entrar con invitación.

Steve Manson enrojeció de ira.

—Déjeme pasar por su bien.

—Me temo que no va a ser posible. El aforo está completo y no veo su pase por ninguna parte.

En realidad, se había rebasado con creces el aforo debido a aquel error informático que había grabado dos veces algunas reservas de habitaciones. Se montó tal tumulto, que finalmente tuvieron que acceder a dejar pasar a aquellas personas.

—Soy Steve Manson y este hotel está en pie gracias a mi dinero, así que haga el favor de dejarme pasar.

—Lo siento, pero no —respondió, manteniéndose firme en su postura.

—Soy amigo de Rupert Cook. Llámele si no me cree.

—No tengo por qué llamar a nadie, señor. Lo lamento, pero debe darse la vuelta.

Fred Robinson, que había llegado apenas unos minutos después, presenció la escena y decidió buscar una alternativa.

Se alejó de la entrada principal y buscó la oscuridad como aliada. Se internó en la arboleda que rodeaba el hotel con el ánimo de encontrar alguna forma alternativa para acceder al interior. Tenía que lograr llegar al cuadro de luz y destrozarlo para aguarles la fiesta. Lo dejaría absolutamente inutilizado.

Según avanzaba con precaución, por miedo a tropezar con alguna piedra o alguna raíz prominente, le pareció escuchar ruidos extraños. No obstante, no les dio importancia teniendo en cuenta el tipo de fiesta que se estaba llevando a cabo. En aquellas circunstancias, resultaba difícil distinguir qué era real.

Entonces continuó andando y escuchó un grito absolutamente estremecedor. Primero consideró que sería debido a la misma razón que pensó unos segundos antes, pero algo en su interior le dijo que no era así.

No formaba parte del espectáculo.

Ahí sucedía algo de verdad.

Se detuvo. Trató de escuchar con atención por si detectaba algo. El ruido proveniente del interior del hotel y las voces que se oían, de vez en cuando, si alguien abría una ventana o salía al exterior, le impedía detectar otros ruidos extraños.

Siguiendo una intuición, se acercó hasta el laberinto. Apenas distinguía el sonido de sus pisadas con el ruido circundante. Sin embargo, cuanto más se adentraba, más silencio le envolvía, escuchando ahora sí el crujir de las hojas y las ramas bajos sus pies.

De pronto, en uno de los giros, se quedó petrificado con lo que contempló.



Capítulo 24



Aquellos que ya habían partido del hotel en dirección al viejo caserón iban muy animados escuchando todas las leyendas que el *speaker* radiaba por el micrófono del autobús. Sin embargo, el conductor sudaba la gota gorda, pues a la habitualmente infame carretera de curvas y zonas estrechas se le sumaba a hora la nieve que cada vez le iba poniendo las cosas más difíciles. Si no acababan en la cuneta sería un auténtico milagro.

A pesar de los mil y un bandazos, los ánimos no decaían en el interior del autocar. Los sustos se sucedían, así como los gritos y las exclamaciones de unos y otros, bien asombrados por lo que contaba el animador o motivado porque alguno de sus amigos, pareja o quien fuera, había decidido aprovechar la circunstancia para hacer algún tipo de broma incluso pesada que despertaba el horror entre los más susceptibles.

Cuando por fin llegaron a las inmediaciones de la decrépita mansión, no apreciaron el movimiento extraño que había en el exterior. En cuanto pusieron un pie en el suelo al bajarse del autobús, un coro de aullidos les dejó con la boca seca. Resultaba tan realista, que a punto estuvieron de considerar que no fuera pura ficción.

Ojalá lo hubieran hecho.

Muchas de las mascotas allí enterradas les rodeaban ahora desde posiciones que, por el momento, les resultaban imperceptibles. Sin embargo, sus aullidos amenazantes les recordaban que estaban más cerca de lo recomendado.

—Esto no me gusta nada, Tim —le dijo una joven a su novio, el cual era un auténtico forofo de las historias de terror.

—¿Qué dices, Shanna? Esto es una puta pasada, tía. Es mucho mejor de lo que yo me imaginaba. Es como estar dentro de una historia hiperrealista.

En la parte de atrás de la mansión, donde se encontraban las tumbas de los Carpenter, la hierba se veía machacada y la tierra fuera del lugar en el que se supone que debía estar cubriendo los féretros. Una extraña luz que provenía de las montañas, incidía justo encima del lugar donde descansaban los restos del señor. Los visitantes, que permanecían todavía en la parte delantera de la destartalada vivienda, en corro, muy juntos, analizando la procedencia de los aullidos, no contemplaron por poco como aquello que un día fue un hombre salía de las entrañas de la tierra y avanzaba hacia ellos.

Los actores que allí esperaban para representar una noche de Halloween inolvidable, ya eran pasto de las bestias, puesto que fueron los primeros en sucumbir bajo las fauces de aquellos seres que un día fueron los amigos más fieles de los seres humanos.

Una bandada de cuervos se situó en los alrededores poco antes de que comenzase el derramamiento de sangre.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó una señora, al ver un esqueleto con una casaca roñosa que se dirigía hacia dónde se encontraban con el brazo en alto.

—Parece un esqueleto de verdad —contestó una de sus amigas, sin creer sus propias palabras.

—¡Qué tonta eres! Ahora es muy fácil con los robots y todo eso crear esqueletos que se mueven como si fueran reales —apostilló otra.

—Pues a mí me parece que es muy real —insistió.

A una señal de Lord Carpenter, las bestias huesudas salieron de sus escondites y se lanzaron sin piedad hacia sus víctimas.

Los cuervos no tardaron en descender para empezar a disfrutar de aquel exquisito manjar de carne fresca.



Capítulo 25



Salieron del ayuntamiento con enorme cautela. No disponían de nada para defenderse, salvo las pistolas de los policías y algunos estandartes que habían cogido y que habían desnudado de sus banderas.

Se dividieron en dos grupos. El más numeroso, se dirigiría a la tienda de Peter a hacer acopio de todos los objetos que pudieran resultar de utilidad. El resto, irían hacia la iglesia para hablar con el párroco y coger botellas con agua bendita.

Cuando llegaron al edificio sacro, el cura tenía evidentes signos de haber bebido alcohol más de lo recomendado. Tampoco podían echarle nada en cara, con la locura que estaba viviendo aquel pueblo. Tenía derecho a anestesiar sus sentidos. La realidad era demasiado cruenta para afrontarla sobrio.

De pronto, Mary tuvo la impresión de haber visto algo por el rabillo del ojo a través de los grandes ventanales.

—¡Ay, dios mío! —dijo la mujer, dirigiéndose hacia el cristal para confirmar sus sospechas.

Efectivamente, tal y como le había parecido, vio pasar lo que parecían zombies. Por el atuendo y las herramientas que llevaban…

—¡¿Son los mineros?! —preguntó exclamando. No podía salir de su asombro. Ahora sí pensaba que se estaba volviendo loca, porque no era posible. Era inviable que aquellos hombres sepultados desde hace tantos años bajo los cascotes del derrumbamiento en la mina ahora estuvieran paseando por la calle.

Todos los demás se acercaron a las ventanas para ver por sí mismos aquel hecho inconcebible.

—Debemos avisar al resto de los vecinos para que no salgan de sus casas y para que no abran las puertas bajo ningún concepto —propuso Margaret.

Se pusieron inmediatamente manos a la obra. Gracias a que no era una comunidad excesivamente grande, pudieron organizar una cadena de llamadas. También hicieron un grupo de difusión para que les llegase el aviso por mensajería.

Los policías asumieron la tarea de acercarse a las casas de aquellos que no localizaron por teléfono y de los que sabían que ni siquiera disponían de uno, en especial las personas más mayores.

—¡Dios santo! —exclamó ahora Margaret—. El hotel estará a rebosar de gente.

—¡Claro! ¡El hotel! —exclamó Selene, como si acabara de tener una revelación—. Debemos avisarles antes de que sea demasiado tarde. Hay muchísimas personas allí congregadas en este momento.

Así lo hicieron. Pese a las continuas y argumentadas reticencias del gerente, finalmente lograron hablar también con Rupert Cook para intentar que este arbitrase los medios necesarios para proteger a sus huéspedes.

—¿Habéis perdido la cabeza? Sois unos envidiosos. No imaginé que podríais llegar a inventar esta sarta de mentiras con tal de arruinarme el negocio.

—Rupert, en serio, debes hacernos caso. Está pasando algo en el pueblo. Sé cómo suena, sé que cuesta creerlo. Soy el primero que le dije a mi mujer que había perdido la chaveta cuando me contó que vio al espectro avanzar hacia el pueblo. Pero ahora lo he visto con mis propios ojos. No te cuesta nada tratar de proteger a tus huéspedes diciéndoles que no salgan del hotel —le previno Luke.

—Tenemos demasiadas cosas programadas fuera como para que ahora los encierre en su habitación. Lo siento, pero no. Y no me molestéis más.

Colgó.

La avaricia le cegaba.

Era inútil.

Por su parte, los que habían ido hasta la tienda de Peter ya estaban cargando con numerosos utensilios que consideraron útiles para enfrentarse a aquellos seres que habían venido de otro mundo y tenía pinta de que con no muy buenas intenciones.

Justo antes de salir de la tienda, se inició una discusión. Joseph se había pasado gruñendo casi todo el tiempo, hasta que ya no aguantó más.

—Todo esto es culpa tuya, Jeff. Debiste pararlo a tiempo, pero no, solo os mueve la pasta. Y ahora pagamos todos las consecuencias.

—Yo no soy responsable de esta locura, Joseph. No intentes echarme la culpa. Nadie la tiene.

—Sí, claro que alguien la tiene. Con todos estos turistas y sus excesos, hemos roto el equilibrio y la naturaleza intenta cobrarse a su modo su venganza.

—Si fuera así, ¿no te parece que habría algún desastre natural? Un alud, inundaciones, movimientos de la tierra… ¿Qué me dices? Sin embargo, no es así.

—De momento, está nevando más de lo esperado en esta época y lo sabes.

—Estos cuatro copos están lejos de convertirse en un desastre natural.

—Eres un engreído, un imbécil y un usurero —saltó ya harto el señor Stacks.

—¡Ya basta, Joseph! —le ordenó el tendero—. Estamos aquí para poner soluciones. Ya habrá tiempo de discutir y tiraros los trastos a la cabeza más adelante.

—No lo sé, Peter. La verdad es que no estoy tan seguro de que sea así, por lo que he decidido decirle lo que pienso antes de que me quede sin la oportunidad.

—Joseph, tú igual conoces algún remedio para lo que está sucediendo —terció Rose, para intentar desviar la atención—. Eres el más anciano del lugar. Tal vez alguien te contó de pequeño algo relacionado con esto y tengas guardada en tu memoria la solución. Como mínimo, una forma de enfrentarnos a esta insensatez.

El viejo se quedó pensativo.

—Se me ocurre algo. Pero tenemos que ir a la biblioteca.

—Una brillante idea —se burló ahora el alcalde.

—Pues sí, estúpido ignorante, es una gran idea, porque en la sala especial se guardan libros muy antiguos y cuando éramos niños decían que había uno que tenía conjuros que servían para librarnos de todos los males inmaginables.

—Por probar, no perdemos nada —observó Peter.



Capítulo 26



Steve Manson seguía furioso por aquello que entendía como una falta de respeto. Aquel monstruo de hormigón no estaría en pie si no hubiera sido gracias a que él lo hizo posible con su aportación económica. Ahora un gorila de tres al cuarto no le dejaba pasar y Rupert Cook no se dignaba a cogerle el teléfono.

—Maldito haragán. No tendrías nada de esto si no hubiera sido porque te saqué del fango cuando no tenías dónde caerte muerto —dijo escupiendo las palabras mirando su teléfono como si así milagrosamente pudieran llegar a los oídos del propietario del Altavista.

De pronto, las puertas se abrieron y salió una tromba de gente con todo tipo de disfraces. Daba la impresión de que seguían a alguien, posiblemente un dinamizador o un animador encargado de algún tipo de espectáculo considerando lo alegres que iban todos. El millonario decidió aprovechar esa distracción para colarse sin que el de seguridad le echara el guante.

Fue incluso más fácil de lo que pensaba. Efectivamente, el desfile de monstruos, personajes de películas de terror, fantasmas, brujas, calabazas y demás captó la total atención del que estaba guardando la puerta. Era inevitable, no solo por las diferentes caracterizaciones, sino porque alguna que otra chica se acercó hasta él de forma insinuante.

Una vez dentro, le recibió una recargada decoración de Halloween. Las luces estaban a medio gas, creando un ambiente fantasmagórico aderezado por los cañones de humo. La música reforzaba ese ambiente terrorífico que trataba de generarse con la conjunción de distintos efectos. Se oían gritos y también risas, lo que podía resultar contradictorio en circunstancias normales, pero no en una situación como aquella en la que los sustos eran la principal atracción de la noche.

Steve Manson avanzaba en mitad de aquel caos premeditado. Con las manos iba disipando el humo y apartando telarañas. Localizó por fin el pasillo que conducía al despacho de Rupert Cook. Sospechó que podría estar allí, aunque no las tenía todas consigo. Estaba convencido de que vivía en el hotel, posiblemente construyó alguna de las suites a su gusto para convertirla en su hogar. Él posiblemente habría hecho lo mismo. A pesar de ello, basándose en su propia personalidad y su forma de pensar en los negocios, apostaba a que a esas horas de la noche Cook continuaba aferrado a su mesa de escritorio buscando formas de amasar más dinero y hacer crecer su capital.

Ser rico es como un virus que se extiende por todos los recovecos de tu cuerpo y te domina, adueñándose de todo tu ser. Lo conquista todo y reclama más y más. Ni todo el dinero del mundo parece suficiente cuando la avaricia te convierte en su siervo.

No se equivocó.

Justo al doblar una esquina vio cómo Rupert se dirigía al centro de operaciones de su imperio. Iba justo a gritar su nombre, cuando unos chillidos aterradores enmascararon su propia voz. A

pesar de que perfectamente podían formar parte del espectáculo, algo le dijo que no era así.

Sonaban con una intensidad que solo da el miedo.

La curiosidad le llevó a querer conocer los motivos que provocaron aquello.

Pocos minutos antes, aquella marabunta de personas que salían al exterior cuando el prestamista entraba, se encontró con una sorpresa que, sin lugar a dudas, no formaba parte del espectáculo.



Capítulo 27



Mientras todo aquel revuelo se levantaba en el hotel, Fred Robinson seguía cual figura de piedra en el mismo lugar. Estaba seguro de haber visto sobrevolar el laberinto al espectro seguido de… ¿De qué? Habría jurado que eran murciélagos enormes. ¿Vampiros, tal vez? No podía ser. Eso no existía. Desde luego, tampoco creía posible que fuera algún tipo de *animatronic* o de espectáculo del hotel. Parecían, a la vez, tan reales y tan irreales que no sabía decantarse por la verdad.

Lo que tenía delante, le ayudó a salir de dudas.

Un joven estaba siendo asesinado por algo que no sabía de qué manera definir.

Era una especie de animal enorme pero… pero no tenía carne. Daba la sensación de que un pelo macilento era lo único que cubría aquellos huesos. Además, los afilados colmillos cubiertos de sangre y la carne humana arrancada que colgaba entre sus mandíbulas le daban un aspecto todavía más feroz y peligroso.

El ermitaño comenzó a desandar sus pasos despacio, de espaldas y sin dejar de mirar de frente. No podía convertirse en un nuevo atractivo para aquella bestia. Debía pasar desapercibido. Era evidente que ya no podía servir de ayuda. Tenía que ser listo y pensar en otras opciones.

Su objetivo para estar en el Altavista acababa de cambiar de forma drástica. Ahora estaba seguro de que lo que vio sobrevolar el laberinto era peligroso. Debía avisar a todos los que estaban dentro del hotel y buscar ayuda para enfrentar a aquellas cosas. Si no lo hacía, se lamentarían muchas muertes esa noche.

No tuvo tiempo de hacerlo.

Antes de que fuera capaz de salir del laberinto, oyó terribles gritos que procedían de la entrada del hotel. La gente con la que minutos antes se había cruzado Steve Manson, ahora chillaba aterrorizada por lo que acababan de contemplar.

—¿Qué es eso? —preguntó una joven, al bajar los escalones de la entrada del hotel. De la impresión, se tropezó y casi se cae al suelo.

Unas sombras sobrevolaban el Altavista, sombras que en un abrir de ojos se materializaron delante de los alegres huéspedes, transformando la diversión en horror.

El espectro sobrevolaba seguido por un sinfín de enormes murciélagos que al posarse sobre el suelo adoptaron una forma casi humana. Nada más hacerlo, se lanzaron a una velocidad inusitada a por sus presas, las cuales comenzaron a gritar desesperadas al ver cómo iban cayendo desfallecidos y con el rostro pálido todos los hombres y mujeres que lograban alcanzar aquellos

seres. Los enormes colmillos se hundían en su carne como vía de acceso para chupar su sangre.

Desde su posición, aterido de frío y de miedo Fred Robinson contemplaba horrorizado lo que estaba sucediendo en aquel instante delante de sus ojos. Lo de avisar a los huéspedes de lo que estaba sucediendo había perdido todo el sentido, pues imaginaba que ya se habrían enterado en el interior alarmados por los terribles alaridos que se escuchaban. Tenía que pedir ayuda, pero, ¿a quién? ¿Quién podría hacer frente a aquellos seres sobrenaturales? ¿Alguien sabría cómo detener ese sinsentido?

No sabía qué hacer.

No tenía ni la menor idea.

Solo una sabía una cosa: no podía quedarse quieto mucho tiempo si quería seguir vivo.



Capítulo 28



Los vecinos que se encontraban en la iglesia, una vez hecho acopio de agua bendita en distintos recipientes, esperaban la llegada del resto para organizarse y determinar el plan de acción para salvar Black Water Town del asedio de la muerte.

Luke recibió la llamada de Peter informándole de que se dirigían a la biblioteca, donde pretendían entrar en la sala en la que se conservaban los libros más antiguos. No quedaba demasiado lejos de la Iglesia y podría ser un buen punto en el que reunirse.

Salieron a la calle con suma precaución. El silencio que aguardaba en el exterior era extraño, ominoso, plagado de peligros. Bajaron los escalones haciendo crujir la nieve bajo sus pies, la cual se había acumulado profusamente en la última media hora. Miraron a uno y otro lado.

Desierto.

No había ni rastro de los supuestos mineros que vio Mary minutos antes. Ni una sola alma por la calle. Al parecer, el resto de vecinos de la localidad hicieron caso y aguardaban en el interior de sus hogares cerrados a cal y canto. La imagen de las calles vacías cubiertas de nieve ya daba escalofríos de por sí.

—Se me pone la carne de gallina con este silencio —señaló Luke.

—No eres el único, te lo aseguro —avaló el sacerdote, que había decidido acompañarles. El padre Harold iba cargado con un enorme crucifijo que le colgaba del cuello y que normalmente llevaba bajo la ropa, pero que en ese instante lucía por encima de su sotana. En su mano derecha portaba otro de plata.

Tardaron poco más de cinco minutos en llegar a la biblioteca. Iban encogidos por el miedo y por el frío, pero lo cierto era que la amenaza en ese momento estaba lejos de allí, concretamente en la mansión Carpenter y en el hotel, que eran los lugares en los que se congregaba mayor número de personas.

—¿Qué es eso? —preguntó Margaret, levantando la cabeza hacia el cielo. Por encima del promontorio en el que se erigía el Altavista, se divisaban algunas cosas difíciles de definir sobrevolando el lugar.

Entonces, al prestar mayor atención, les pareció escuchar gritos y alaridos provenientes de aquella ubicación. Quizá solo se tratase de una alucinación auditiva provocada por la sugestión del momento, pero lo cierto era que todos lo oían, salvo el padre Harold, cuya audición había disminuido considerablemente en los últimos años.

—Será mejor que nos demos prisa —apuró Luke.

Sin detenerse, se adentraron en la biblioteca. Lo primero que hicieron fue dirigirse hacia el cuadro de las luces. Conectaron las diferentes estancias y el lugar cobró vida. Los otros todavía no habían llegado, aunque suponían que no tardarían demasiado, pues la tienda de Peter tampoco se encontraba lejos.

—¿Y ahora dónde vamos? —preguntó Margaret.

—Han dicho que nos veíamos en la sala de los libros especiales, donde están los ejemplares más antiguos.

—¿Alguno tenéis idea de que deberíamos buscar?

Se miraron unos a otros, buscando una reacción positiva al respecto. Entonces, Mary que era una apasionada de la lectura, recordó que hace un tiempo Lucy, la bibliotecaria más antigua en Black Water Town, le habló sobre un recopilatorio de antiguas leyendas de la zona.

—Tal vez si damos con ese ejemplar, encontremos alguna respuesta.

Se abrió la puerta principal.

—¡Qué bien que estéis ya aquí! Y todos sanos y salvos por lo que veo —comentó aliviado Peter.

—Sí, por suerte. Parece que vosotros también —señaló Luke.

—No nos hemos cruzado con ninguna criatura extraña y casi nos parece raro —compartió Rose.

Y así había sido. A pesar de todos sus temores y de ir armados hasta los dientes con todo aquello que se les había ocurrido y que estaba disponible en la tienda, lo cierto era que fue innecesario, ya que toda la acción se encontraba a distancia de allí, aunque ellos ni lo sospechaban, puesto que imaginaban que todos sin excepción corrían el mismo peligro.

—No deberíamos perder más tiempo con la cháchara —gruñó Joseph—. Vamos a buscar ese maldito libro.

Todos estuvieron de acuerdo en que esa era la mejor opción. Se encaminaron hacia el fondo de la sala principal de lectura. Allí había dos grandes puertas de madera noble que daban acceso a aquella habitación que guardaba los tesoros literarios de la localidad.

—Está cerrado con llave —dijo Peter.

—No hay problema. Tengo llaves de todo. Privilegios de ser alcalde —dijo Jeff Mirader, guiñándoles un ojo a sus compañeros de aventura.

Sacó el manojo de llaves y, tras varios intentos, por fin dio con la buena.

Abrió las puertas y, ante ellos, se extendía una sala que nunca habían visitado. A pesar de que era más bien pequeña, era la más bonita de todo el edificio. Un par de mesas alargadas de madera noble y con luces de lectura se extendían en paralelo. Las estanterías de las paredes no contaban con excesivos ejemplares, aunque a todas luces eran libros muy antiguos. La temperatura de la sala era más fría de lo esperado, posiblemente para asegurar la conservación de aquellos valiosos ejemplares.

—Debe encontrarse por aquí —aseguró Joseph.

Mary le siguió a poca distancia, pues ella también había visto el libro en una ocasión y entre los dos sería más fácil localizarlo.

Después de un barrido rápido, lo hallaron en el estante de arriba. Un libro voluminoso de gruesas tapas y hojas ajadas por el paso del tiempo. Aun así, se encontraba bien conservado. Tomaron unos guantes para cogerlo puesto que, debido a su antigüedad, era más delicado de lo normal.

Se reunieron todos en torno al libro, mientras Mary pasaba las páginas con delicadeza. Contenía numerosas ilustraciones. El espectro aparecía desde las primeras páginas. Todas esas leyendas que habían escuchado unos y otros estaban allí y alguna que desconocían. El Señor de las Montañas, guardián de la naturaleza. El valle de las ánimas, en el que moraban las almas perdidas que se alimentaban de otras vidas. El ejército de la noche, compuesto por vampiros. La historia de Lord Carpenter y las muertes relacionadas con él. Y había algo más.

—Aquí dice que los muertos de Dark Water, como se conocía el pueblo siglos atrás, se

levantan de sus tumbas cuando les llama el Señor de las Montañas para aplicar justicia cuando siente que la naturaleza es agredida indiscriminadamente en este entorno. El espectro se transforma día a día y crece en proporción a como lo hace su furia. Es justo en la noche de los muertos cuando logra que estos abandonen sus tumbas y aúnen fuerzas para derrotar a los agresores que invaden esta tierra sagrada.

—Pues me parece que no tenemos mucho margen de maniobra. Si ese libro tiene razón, poco podemos hacer cuatro mortales contra esas fuerzas oscuras —se desanimó Luke.

—Sigamos leyendo —sugirió Margaret.



Capítulo 29



En el hotel Altavista las cosas no hacían más que empeorar. El pánico se extendía entre los presentes que veían que la muerte se cernía sobre ellos retratada por seres sobrenaturales. En el exterior, los alaridos se multiplicaban y algunos vampiros estaban accediendo al interior. Los cuervos, por su parte, se lanzaban sobre los cuerpos inertes que caían al suelo para saciar su hambre y las expectativas que ya hace días que habían generado.

—¿Qué demonios está pasando, Rupert? —le preguntó Steve cuando sus miradas se encontraron frente a frente en aquel pasillo—. No me dirás que esto forma parte del espectáculo, ¿verdad? Porque esos gritos no suenan a gente que se está divirtiendo precisamente.

El dueño del hotel tenía los ojos abiertos como platos. Se percibía el terror en su mirada.

—No tengo ni la menor idea de lo que ocurre. Esto desde luego no estaba planeado.

—Deberíamos ir a ver qué pasa —sugirió Manson.

—Lo que deberíamos hacer es escondernos. Yo desde luego no he venido al mundo para ser un héroe.

Steve sintió repulsión por el hotelero. ¿Cómo podía ser tan cobarde y rastrero? Entrecerró los ojos mostrando su desprecio. No obstante, le duró poco. Su ansia por sobrevivir y el amor por sí mismo se impuso a ese arranque de valentía momentáneo que acababa de tener.

Siguió al dueño del Altavista en dirección a su despacho. Creyeron que allí podrían resguardarse y esperar a que pasase el peligro. No tenían ni la menor idea de que se encontraban entre los objetivos principales del espectro. Eran los máximos responsables de aquella aberración y el Señor de las Montañas estaba decidido a hacérselo pagar con su vida.

En la biblioteca, por su parte, los vecinos congregados seguían tratando de detener una masacre que no sabían que ya se estaba produciendo. Aquel libro de leyendas hablaba de sucesos acontecidos muchos años atrás en los que fuerzas oscuras se habían unido. Todo indicaba que lo hacían como forma de venganza por algún tipo de exceso, aunque no siempre fue así. En otros momentos de la historia de la zona, simplemente habían hecho su aparición, cobrándose la vida de familias enteras. Incluso el caso de los Carpenter parecía estar justificado por una fuerza del más allá que había poseído primero al perro y posteriormente al dueño, cuanto este sufrió la mordedura del que creía su fiel y leal amigo y escudero.

El principal problema era que no se ofrecía ninguna solución para enfrentarse a aquellos ejércitos del mal, solo sugerencias que podrían surtir algún tipo de efecto.

—Estamos bien jodidos, siento decíroslo —confesó Peter.

—No seas pesimista. No es lo que necesitamos —dijo Margaret.

—Pero no deja de ser verdad.

Tenía razón. No se ofrecían soluciones en aquel libro. Lo que sí se narraba era que, pasada la noche de los muertos, una vez que el espectro y sus secuaces saciaban su sed de venganza, las

cosas volvían a la normalidad.

—¿Se supone, entonces, que debemos esperar escondidos para que no nos vean hasta que amanezca? —preguntó con incredulidad Mary.

—Eso es lo que pone el libro. Dice que no hay forma de detenerlos, puesto que se aúnan distintas fuerzas oscuras a las que es casi imposible derrotar —dijo ahora Margaret.

—Pero casi es una posibilidad —señaló Gerard Templeton, quien no quería rendirse.

—Deberíamos acudir al hotel. Allí es donde se está produciendo el desastre —apuntó Truman —. Tenemos las estacas, los crucifijos, el agua bendita… No podemos dejar a esas personas a su suerte.

—Hay una buena tirada desde aquí. Necesitaríamos coger los coches —apuntó Rose.

—La carretera debe estar imposible —conjeturó Jeff Mirader—. No es una buena idea coger ningún vehículo ahora.

—Yo ya tengo montadas las ruedas de invierno en mi cuatro por cuatro —aseveró Peter—. Y es grande. Cabemos siete personas.

Los policías, el alcalde, Rose y Mary manifestaron su intención de ir con él.

—A mí no me vais a dejar aquí, así que ya podéis ir haciendo sitio —avisó Selene.

—Está bien —dijo Peter—. Joseph, Margaret, Harold. Será mejor que busquéis un lugar donde resguardaros mientras esto pasa.

—Nos quedaremos en la biblioteca por si averiguásemos algo más.

—Si es así, no dudéis en llamarnos.



Capítulo 30



Según avanzaban en dirección al hotel, observaban como el cielo era atravesado por criaturas de enormes alas que sobrevolaban la zona. No imaginaban que el otro escenario en el que estaban muriendo un buen número de personas era en las inmediaciones del viejo caserón. En cualquier caso, ya era demasiado tarde para ellos.

La carretera estaba resbaladiza. A pesar de llevar los neumáticos adecuados y conocer bien la carretera, había que extremar la precaución. Adelantaron lo que parecía un grupo de hombres que caminaban en dirección al Altavista. Cuando los sobrepasaron, se dieron cuenta de que eran los mineros que vieron anteriormente por las ventanas de la iglesia.

—Creo que cada vez está más claro —dijo Rose, pensando en voz alta.

—¿Qué es lo que está claro? —preguntó el agente Smith, que apenas había hablado en toda la noche.

—Que su objetivo es el hotel y los que allí se encuentran. En el pueblo no hemos visto a ninguna de las criaturas. Tampoco han atacado a nadie del pueblo —valoró Rose.

—Es cierto —corroboró Selene—. Solo hay que pensar en lo sucedido con el Buick del señor Stacks. Ha atacado a dos jóvenes que no son de aquí.

—Bueno, supongo que quieren ajusticiar a los que consideran responsables de la agresión a la naturaleza —dijo Gerard.

Peter tragó saliva. ¿Y si a él también lo consideraban parte del problema? ¿Irían a por él? En cualquier caso, ¿quién podía asegurarles que ellos estaban libres de peligro?

En cuanto llegaron a lo alto del promontorio, contemplaron una escena dantesca.

Se escuchaban susurros que procedían del valle. Algunos miraban hacia allí y se lanzaban al vacío. Por otra parte, la entrada del hotel estaba sembrada de cadáveres-

—Esto es espantoso —dijo Mary horrorizada.

Antes de bajarse del coche, Peter les planteó una pregunta.

—Si el Señor de las Montañas está tan enfadado, ¿cuál creéis que es su objetivo último?

Los demás callaron expectantes. No sabían a qué se refería con exactitud. Daban por hecho que querían matar al mayor número de humanos allí presentes para convertirles en sus siervos.

—El hotel —señaló Truman entonces—. Su objetivo es destruir el Altavista.

—Eso es lo que estaba pensando. Quizá si logramos que la gente salga de allí, podamos salvar vidas.

—Si lo conseguimos, nosotros mismos podemos prenderle fuego para eliminar su principal enemigo.

Aparcaron a una distancia prudencial. Ahora sí que iban a necesitar para defenderse todos los objetos que llevaban. Llegaba el momento de abandonar el coche y entrar en acción.

El instante de la verdad.

Bajaron del vehículo corriendo con algunos crucifijos que les había facilitado el padre Harold. Gracias a ello y a gotas de agua bendita que lanzaban a los seres que salían a su encuentro, lograban mantenerlos a cierta distancia, lo que facilitaban que pudiesen entrar.

A todos los que se encontraban a su paso, les gritaban que se alejaran lo máximo posible del hotel. Fuera estaban las criaturas cercando el edificio.

Entraron y el caos dentro, acrecentado por la escasa luz reinante, era demoledor. Aún así, no desistieron en el intento de hacer que la mayor cantidad de personas saliese al exterior y se alejasen.

Muchos hacían caso, pero otros no se fiaban. Eso complicaba las cosas, puesto que retrasaba su misión, ya que mientras que los convencían o los hacían salir a rastras de allí, el tiempo avanzaba pero ellos no.

Entonces vieron a Fred Robinson. ¿Qué hacía allí? El ermitaño se aproximó al grupo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el jefe de policía.

—No te voy a mentir, Gerard. Vine para intentar aguarles la fiesta cargándome el cuadro de luz, pero me he topado con esta sinrazón. He visto morir a mucha gente hasta ahora sin poder hacer nada.

—Pues ayúdanos —le dijo Peter—. Hay que sacarlos de aquí y quemar el hotel.

—Eso lo haré encantado —aseguró Robinson.

De pronto, el espectro se materializó delante del grupo. Aquello les dejó sin palabras. A pesar de constituir una presencia inconsistente, sin cuerpo, solo hecho de haces de luz y niebla, todos se mostraron aterrorizados.

—Habéis traicionado a nuestra tierra. Debíais haberla protegido —dijo con una voz que parecía venir de todas partes a la vez.

—Estamos aquí para arreglarlo —dijo Peter—. Hemos comprendido el mensaje, pero debéis parar todo esto. Vamos a destruir el hotel y no permitiremos que algo así vuelva a suceder. No tiene que morir nadie más.

Entonces Mary entendió por qué iban hacia allí los mineros: posiblemente eran los encargados de hacer volar el sitio por los aires. Si estaba en lo cierto, no podían tardar ya demasiado.

—¡Debemos salir de aquí cuanto antes! —gritó

El resto la miraron. Parecía tan segura de sí misma, que no dudaron de que estaba en lo cierto.

Según corrían hacia la salida, urgían a cualquiera que estuviera por allí a que escapara hacia el exterior. Era el único lugar en el que podrían salvarse: al aire libre, al abrigo de las montañas.

La puerta parecía tan lejana que tenían la sensación de no avanzar. Casi daba la impresión de que cada vez estaba un poco más lejos.

—¡Vamos, vamos! —arengó Mary.

Todos corrieron.

Una lluvia de cascotes empezó a caer.

Quedaba poco para el amanecer.



Epílogo



Cuando el sol asomó tÍmidamente por detrás de las montañas aquel uno de noviembre, parecía que el peor de los desastres hubiese arrasado la zona. El rastro de muerte y destrucción se hacía evidente por doquier.

El manto de nieve se veía cubierta del color carmesí de la sangre que corrió a raudales la noche anterior. Los copos que fueron cayendo a distintos ritmos desde la mañana del treinta y uno de octubre, finalmente impidió que nadie pudiera escapar de aquella ratonera en la que se convirtió aquella idílica localidad entre montañas. Por suerte, las voladuras que hicieron saltar por los aires el Altavista no derrumbaron la carretera.

Con los primeros rayos del sol, las diferentes criaturas habían ido regresando a sus escondrijos. Los supervivientes, asistían atónitos a la imagen que contemplaban sus ojos.

El número de fallecidos era difícil de estimar. A pesar de todos los esfuerzos que realizaron, no pudieron evitar la masacre. Muchos no llegaron a salir del hotel. Desde luego, ni Rupert Cook ni Steve Manson lo hicieron. Se equivocaron al pensar que pertrechados en el interior de aquel hotel se salvarían si no salían de su escondrijo.

A los turistas que todavía quedaban con vida les tocaba tratar de superar aquel trauma que difícilmente podrían olvidar. Por su parte, los lugareños que todavía quisieran vivir en aquel lugar, tendrían que empezar a reconstruir su pueblo de una manera respetuosa. Les tocaba reflexionar acerca de lo acontecido para que no volviera a repetirse algo similar.

La lección parecía clara: los excesos terminan por pagarse. En el caso de Black Water Town quedó claro que los ancestros del lugar no permitirían que se perturbase nuevamente su paz.

—Tengo una pregunta —se atrevió a decir Peter, después de recobrar mínimamente la serenidad. Habían logrado salir sanos y salvos por los pelos.

—¿Cuál? —indagó Selene.

—Al principio, pensaba que los hombres eran el principal objetivo. ¿Me equivocaba?

—Me temo que nunca lo sabremos —dijo Margaret—, aunque sospecho que en parte era más fruto de la casualidad que de otra cosa.

—Quizá eran los que habían cometido más excesos hasta aquel momento —teorizó Rose.

Cierto era que en las trifulcas y los alborotos había más hombres implicados, quizá víctimas de su testosterona. Sin embargo, en el hotel, no parecían haber discriminado entre unos y otros, ya que había cadáveres de todo tipo.

—Parece que al final Joseph tenía razón —señaló Selene, recordando una conversación de semanas antes con el anciano.

—Me temo que sí. Aunque me cueste reconocerlo, debí escucharle con atención. Al fin y al cabo, nuestros mayores son pura sabiduría —concluyó Peter.

Con los meses, Black Water Town recuperaría la tranquilidad que le caracterizaba. Sobre el

promontorio, los restos del hotel Altavista se convertirían en el germen de nuevas leyendas para futuros habitantes de la zona.



Agradecimientos

Siempre tengo la sensación de que me quedo corta en los agradecimientos. Confieso que, por muchos libros que escriba, sigue siendo la parte que más difícil me resulta. Siento que parece que repito una vez tras otra lo mismo, pero es que las palabras, lo queramos o no, a veces se quedan cortas para expresar todo lo que emocionalmente experimentamos.

Son casi ya nueve años desde que empecé a escribir, pues comencé en noviembre de 2015 aunque no autopubliqué mi primer libro hasta febrero de 2016. En realidad, es un poco mentirijilla, porque hice un intento en 2012, si la memoria no me falla, pero ese libro está retirado del mercado. Por eso entiendo que mi bautismo como escritora fue con la novela El Encuentro.

Desde aquel momento, sois muchos los lectores que me habéis dado la oportunidad de entrar en vuestros hogares y de acompañaros en distintos momentos de vuestra vida con mis historias. No puedo expresar de forma suficiente lo agradecida que estoy por ello. Mi sueño de escribir y que encima me lean se hace realidad con cada novela y por ello sé que soy muy afortunada. GRACIAS, DE TODO CORAZÓN.

Por supuesto, no pueden faltar en estos agradecimientos las personas que me acompañan, me alientan y me alegran el día a día. El cariño, la amistad y esos sentimientos tan constructivos que solo pueden provenir de personas maravillosas e increíbles son el mejor motor para no perder la ilusión.

A mis Lectores Cero, siempre fieles y leales, les debo además una disculpa por mi inconstancia, en ocasiones, por mis cambios de la noche a la mañana y porque tantas veces tienen que leer deprisa y corriendo para llegar a ayudarme.

Estos valientes son:

- Andreu Purroy Giribert
- Margarita González Benavides
- Laura Díaz de Prado
- Rocío García Melgar
- Sonia Muñoz Rubio
- Patricia Burgos Cortés
- Sara Moyano Ávila

Otros libros de la autora

Podéis adquirir mis novelas en ebook, tapa blanda o tapa dura en Amazon. A continuación, os dejo el listado de las mismas entre las que podréis encontrar diversos géneros literarios:

- La Hora del Ocaso (Saga Ocaso 1)
- El Ocaso De Los Días (Saga Ocaso 2)
- Ocaso (Saga Ocaso 3)
- Amanece en el Ocaso (Saga Ocaso 4)
- El Primer Ocaso (Saga Ocaso 0)
- The Twilight Case (English Version)
- La Biografía de las Lágrimas (Saga Biografías 1)
- La Biografía del Dolor (Saga Biografías 2)
- La Biografía del Miedo (Saga Biografías 3)
- La Biografía del Amor (Saga Biografías 4)
- Respira (Serie Myrkur Cranston 1)
- Experimento (Serie Myrkur Cranston 2)
- Sueños (Serie Myrkur Cranston 3)
- Sombras (serie Myrkur Cranston 4)
- Bancos de Niebla
- El Encuentro
- Memoria Ingrávida
- Relaciones
- Viaje a la Oscuridad
- ¿Estás Ahí?
- No Habrá Silencio
- El Amor Se Encuentra A La Vuelta De La Esquina
- La Luna Enjaulada 1
- La Luna Enjaulada 2
- Desde El Otro Lado
- Cómo escribir 3 o 4 libros al año
- Algo Muere al Amanecer (Serie Amanecer 1)
- Amaneceres Oscuros (Serie Amanecer 2)
- Amaneceres Inciertos (Serie Amanecer 3)
- El Casero.
- Enclaustrado (bajo el seudónimo Noiroz Leira)
- El Accidente (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 1)
- La Familia (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 2)
- Cuando te miro - Serie Amor con Humor 1 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cuando sonríes - Serie Amor con Humor 2 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cuando te grabo - Serie Amor con Humor 3 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cómo secuestrar a un asesino (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cómo ser feliz (bajo el seudónimo Sheila Relish)

Acerca de la autora

Soy una persona inconformista y muy inquieta a la que le gusta explorar nuevos caminos. Explorar mis límites, ponerme desafíos en el camino, es algo habitual. A veces pienso que me encanta complicarme la vida, literariamente hablando claro está.

Siento un gran respeto por el género del terror. En realidad, siento un gran respeto por todos los géneros y por todos los compañeros que, como yo, tratan de hacerse un pequeño hueco dentro del reino de la literatura desde el tímido mundo de la autopublicación.

Sospecho que, si has llegado a este libro, puede que hayas leído alguno de mis anteriores. Si es así, reitero mi agradecimiento por regalarme tu tiempo. Y si aún no lo has hecho, te invito a que visites mi web www.arielzorion.com o mi página de Amazon en la que encontrarás los más de cuarenta libros que tengo hasta el momento.

Podéis encontrarme en Instagram como @ariel_zorion y @arielzorionbooks. Además, también podéis contactar a través del mail: arielzorion@arielzorion.com.